

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX

→ BARCELONA 23 DE JUNIO DE 1890 ←

NÚM. 443

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



COQUETERÍA, dibujo de Rejchan

## SUMARIO

TEXTO. — Nuestros grabados. — Juan Guillermo Moor (perfiles peruanos), por D.<sup>a</sup> Eva Canel. — Los amantes de la plaza de la Catedral, por D. Laureano Ordoñana. — Nuevo sistema de navegación aérea. — Nuevo aparato para imitar la ascensión a una montaña. — Los problemas del porvenir.

GRABADOS. — Coquetaría, dibujo de Rejchan. — El Museo de Arte y de Industria de Saint Etienne (de fotografías). — Un concierto en Marruecos, cuadro de G. Simoni, grabado por Mancastroppa. — Destronada, cuadro de J. A. Clark. — El triunfo de Diágoras, cuadro de A. Rosier. — SUPLEMENTO ARTÍSTICO. — Un día de barnizado en el Salón de los Campos Elíseos, cuadro de Mr. Rixens, grabado por Baude.

## NUESTROS GRABADOS

## COQUETERÍA, dibujo de Rejchan

Las gracias naturales, el medio ambiente en que se vive y las circunstancias de tiempo y de lugar son factores importantísimos de este que siendo vicio feo, en sentir de los que han sido víctimas de sus estragos, es atrayente virtud en concepto de los que en un momento dado se embriagan con sus fugaces deleites.

La mujer que Rejchan nos presenta en su primoroso dibujo, hecho con todo el arte y con todo el *chic* del que está familiarizado con el gran mundo, es indudablemente hermosa (¿quién se atrevería a dudarle aunque la figura esté de espaldas?), y en ella la hermosura va unida a otros encantos no menos estimables que están a la vista; su aspecto demuestra que su existencia se desliza en medio de esa sociedad elegante y frívola, tan favorable al desarrollo del defecto que sirve de título al dibujo, y las circunstancias en que la escena se desenvuelve, así en lo que respecta al apuesto interlocutor como por lo que toca a los atractivos del lugar, convidan a hacer uso de esa arma, una de las más temibles del arsenal femenino.

Sentadas esas premisas, la consecuencia se impone; es decir, la beldad tan artísticamente dibujada por Rejchan tiene que resultar por necesidad coqueta y el episodio amoroso, tal como se nos ofrece, sólo puede caracterizarse por la palabra empleada por el artista: *coquetaría*.

EL MUSEO DE ARTE Y DE INDUSTRIA  
de Saint Etienne

Se ha inaugurado en Saint Etienne un nuevo museo que ofrece gran originalidad y constituye una innovación interesante en materia de colecciones públicas.

Saint Etienne es el centro de dos grandes industrias artísticas, la fabricación de cintas y la de armas: el Ayuntamiento de esa villa, inspirado por el periodista Mr. Mario Vachon, ha creído que podría ser útil para ambas industrias fundar una gran institución que proporcionara a los obreros, a los amos y a los dibujantes todos los elementos de estudio necesarios para perfeccionar su educación técnica y artística, y que facilitara, a la par, modelos de buen gusto y de ejecución irreprochable a las demás industrias locales, tales como la ebanistería, la quincallería, el decorado interior de las casas, etc., etc. Ese proyecto se ha realizado y un vasto palacio sirve de albergue al museo municipal de Arte y de Industria, que ocupa doce salones y 300 metros de desarrollo de vitrinas.

La galería de cintas contiene colecciones de las más notables muestras de los talleres que en la villa han prosperado durante los siglos XVIII y XIX; hay en ella, además, tapicerías modernas de los Gobelinos y de Beauvais con sus modelos en pintura, y cuadros y acuarelas de flores que pueden servir de documentos de trabajo a los dibujantes. En el centro aparecen colocados telares antiguos y modernos, unos originales y otros reducciones. Uno de los ejemplares curiosos de esta preciosa colección es un taller de tejedor lioneses construido para Luis XVI cuando niño, según los dibujos de Vaucanson, y cuyas piezas son todas de marfil.

En la sección de armería tres vastas galerías contienen: la primera, varias colecciones tecnológicas de cañones y fusiles sin pulir, horadados y probados; la segunda, todos los modelos típicos de fusiles de guerra, de caza y de tiro, desde el más antiguo arcabuz con ruedas hasta el Lebel y el Greener; y la tercera, armaduras y armas antiguas de carácter histórico ó de gran valor artístico, procedentes, en su mayor parte, de la colección del mariscal Oudinot.

Otras galerías y salas están destinadas a las colecciones de orfebrería, cerámica, cristalería, esmaltes, maderas esculpidas, cerrajería y herrería artísticas, sedas lionesas y telas orientales antiguas. El Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes ha prestado al Museo objetos por valor de más de medio millón de pesetas, figurando entre ellos obras de arte, tapicerías antiguas y modernas de los Gobelinos y de Beauvais, porcelanas de Sevres, etc., etc., y la Unión central de artes decorativas y varios coleccionistas particulares, colecciones importantes de orfebrería, hierros artísticos, armas, etc.

A las colecciones del Museo va aneja una biblioteca de arte y de industria.

La galería de pinturas comprende 200 cuadros.

En el segundo piso del palacio hay instalado un museo de historia natural, que es uno de los más ricos que existen en las provincias.

El presupuesto anual del Museo se eleva a 35.000 pesetas.

Además de las dos galerías más interesantes del nuevo Museo, reproducimos la vista exterior del monumento y la hermosa escalera de honor que conduce al primer piso.

El palacio es un hermoso edificio pintorescamente situado al pie de la colina de *Sainte-Barbe*, en una especie de anfiteatro natural plantado de árboles y arbustos que forman un marco encantador y original del Museo. En la gran escalera hay dos grandes frontones de yeso, que representan el remate del Palacio de Justicia de Saint Etienne, obra de Merley, y un fragmento del decorado del Louvre, de Bonnassieux.

## UN CONCIERTO EN MARRUECOS

cuadro de G. Simoni, grabado por Mancastroppa

El reputado artista italiano da en este cuadro evidentes pruebas de saber apreciar y reproducir con singular talento los rasgos fisonómicos y los caracteres expresivos del sentimiento íntimo individual reflejado en las líneas del rostro. Nadie que tenga alguna noción del modo de ser especial de cada una de las razas que pueblan el globo dudará, al ver a los músicos que pinta Simoni, de que son israelitas, y a pesar de los trajes no los confundirá con los verdaderos islamitas africanos; en efecto, en vez de la fiera propia del semblante de éstos, hay en las fisonomías de aquéllos cierto abandono y afeminamiento propios del pueblo enemigo de las armas y de la violencia, y toda la dulzura y mansedumbre de una raza inteligente que ha aceptado resignada, como regla inevitable de su existencia, una opresión invencible, y que vive exclusivamente consagrada a sus negocios y a los tranquilos placeres de la vida doméstica.

El cuadro, además, está bien compuesto y hábilmente rota la mo-

notonía de la fila de músicos y cantores, cuyas actitudes perfectamente estudiadas y cuyas caras sumamente expresivas contribuyen al mayor efecto de la pintura.

Simoni con *Un concierto en Marruecos, La mezquita de Tlemecen* y otras obras de este género se ha conquistado el título de inspirado pintor de tipos y escenas de la vida africana.

## DESTRONADA, cuadro de J. A. Clark

La intensidad del sentimiento en una edad en que la razón no está bastante desarrollada para dirigir y rectificar los impulsos del alma, producen en el niño sinsabores que no por ser más infundados amargan menos. Rámonos de los que consideran la infancia como el período más feliz de la vida: entre el disgusto del rapaz que no obtiene el deseado juguete y el desconsuelo del mancebo que no logra el amor que codicia, podrá haber y hay indudablemente diferencia de calidad y de duración; pero en cuanto a cantidad, quizás este último esté por debajo del primero. La ineludible ley del sufrimiento acompaña al hombre desde que nace hasta que la muerte le arranca de este valle de lágrimas, y las heridas por ella producidas son siempre igualmente dolorosas; que si en la niñez la espina es menos aguda, en cambio el corazón en que se clava está menos azevado a padecer.

Dígalo, si no, la protagonista del cuadro de Clark: antes dueña única y absoluta del amor de su madre, se ve relegada en segundo término con el nacimiento de un hermanito. Anunciadle que mayores tristezas le esperan en el curso de su existencia; explicadle con las palabras más persuasivas que el amor maternal es de tal naturaleza, que puede difundirse sin perder un átomo de su fuerza; tratad de hacerle comprender que, si no mayor cariño, hay que prodigar mayores cuidados y atenciones al ser más débil. ¿Creéis que tales razones serán bastantes a convencerla y a consolarla? ¿Qué podréis objetarle cuando arrasados los ojos en llanto y entrecortada la voz por los sollozos, os replique: todo cuanto me estáis diciendo es para mí incomprendible, yo sólo sé que antes era reina única y ahora hay quien me arrebató mi exclusivo imperio; yo sólo veo que en los brazos de mi madre, que eran mi trono, hoy se sienta un usurpador, siquiera sea éste mi propio hermano; yo, en una palabra, sólo entiendo que he sido destronada!

Hechas estas consideraciones, digan nuestros lectores si Clark ha estado ó no afortunado al reproducir ese sencillo y sentido drama de familia.

## EL TRIUNFO DE DIÁGORAS, cuadro de A. Rosier

Los hijos del anciano Diágoras han obtenido el premio en los juegos olímpicos, y corren impacientes a comunicar tan grata nueva a su padre, que en el templo suplica a los dioses le concedan el placer más grande de su vida. Las coronas que cifien la frente de los dos vencedores le indican que sus deseos se han cumplido: los dos jóvenes le levantan en hombros y le pasean triunfalmente por la ciudad, entre las aclamaciones de la gente que saluda con entusiasmo a los luchadores y colma de felicitaciones al dichoso padre que ha podido presenciar su victoria.

Tal es el asunto del cuadro de Rosier, obra llena de vida que retrata admirablemente una época y un pueblo, presentándonos uno de los episodios más característicos de aquella sociedad en que el culto de la belleza y de la fuerza se hallaba consagrado por la religión y tenía sus personificaciones en dos divinidades olímpicas.

## SUPLEMENTO ARTÍSTICO

## UN DÍA DE BARNIZADO

EN EL SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS  
cuadro de Mr. Rixens, grabado por Baude

En la Exposición que la Sociedad nacional de Bellas Artes ha organizado en el Campo de Marte, de París, llama la atención, así por el asunto como por el modo como éste está tratado, el cuadro de Mr. Rixens, que damos como *Suplemento Artístico*. Sabido es que el día de barnizado en el Salón de los Campos Elíseos ha constituido siempre la verdadera inauguración oficial del certamen y que con tal motivo se reúnen cada año en el palacio de la Exposición todas las notabilidades que en bellas artes y literatura encierra la capital de Francia, y las damas más elegantes de la sociedad parisense, luciendo preciosas toillettes, expresamente confeccionadas para tal solemnidad, y que los modistos y modistas han bautizado con el nombre de *toillettes de jour du vernissage*.

El espectáculo que con tales y tan distinguidos elementos ofrecen en dicho día los salones de la Exposición, es animadísimo, y Mr. Rixens, al trasladarlo al lienzo, ha dado pruebas de buen gusto, originalidad, talento y espíritu de observación. El cuadro de Mr. Rixens tiene, además, el aliciente de los admirables retratos de las más ilustres personalidades del mundo artístico y literario de París, con lo cual el pintor ha hecho subir de punto el valor de su obra que, aun sólo como pintura de género, no lo tiene escaso.

## JUAN GUILLERMO MOOR

(PERFILES PERUANOS)

Han transcurrido doce años, y sin embargo, contemplo aún aquella majestad del marino y del *Gentleman*, con que nos hacía los honores de su palacio flotante en la espaciosa rada de Ancón.

Amoldábase a su elegante talle el vistoso uniforme, cual si un dibujante lo hubiera diseñado para que manos de hadas interviniesen en la confección.

Era joven (cuarenta y un años) y había hecho su carrera brillantemente, sin que en su hoja de servicios contase la más pequeña falta ni hubiese tomado parte en sublevaciones que de consuno rechazaban su honor y su educación.

Hijo de un noble caballero escocés y de una dama peruana, habíale dado la naturaleza el continente altivo, a la par que sereno y valeroso, de aquellos héroes que luchaban y morían por su hermosa María Estuardo, y la sangre apasionada y ardiente de los impetuosos Incas.

Finalizaba el año 1877: el puertecito ó caleta de Ancón había sido elegido para veraneo de la Fragata *Independencia*, con cuyo motivo habían acudido más familias que de costumbre a bañarse en aquella playa cuyas bondad y belleza no creo que tenga rivales conocidos.

Fuimos invitados a un almuerzo a bordo, y a las diez de una mañana limeña, vale decir de una mañana que no puede describirse, saltábamos en el andén de la estación

de Ancón, en donde por encargo del primer comandante nos aguardaba el segundo de la *Independencia*, otro arrogante marino, Eugenio Raigada, que nos condujo al muelle acto seguido.

Tomamos posesión de la *pequeña capitana*, que nos estaba aguardando con sus bogas vestidos de gala y la enseña del comandante flameando en la popa: a la voz de *avante*, partió como una flecha en dirección al gran buque de la escuadra peruana; Raigada me ofreció los elegantes cordones de la caña, después de haber declarado otras señoras de más edad y respeto que yo que no sabían manejarlos, y aceptélos resueltamente, valiéndome el atrevimiento al llegar al pié de la escala el aplauso más galante de Guillermo Moor.

Nos acompañaba el capellán del buque, un adorable frailecito de la orden del sublime *maniqueo* Agustín, y mientras éste daba los últimos toques al risueño altar levantado en la popa de la *Independencia*, nos conducía Moor a su elegante cámara, adornada con exquisito gusto y tapizada aquel día con las más fraganciosas flores de los jardines limeños.

— La honra que mi humilde aposento recibe hoy, — nos dijo Moor con su natural galantería, — será la mayor gloria que puede caberme en mi carrera.

Excuso decir que todas contestamos a un tiempo, aunque ninguna con frases que pudieran elevarse hasta el nivel de favor tan señalado.

— La brisa del mar es enemiga de la *velutina*, — añadió encantándonos con su previsión, — están ustedes ya, aunque frescas y bellas, como si no se hubiesen dado polvos: en mi tocador encontrarán lo necesario para reponer los desperfectos del airecillo marino. Aplaudimos este sencillo permiso para revolverlo todo, y le preguntamos qué ángel había dispuesto las cosas en aquella forma.

— Carmen, — nos dijo.

— ¿Quién es Carmen?

— Mi esposa.

— ¿Y por qué no está aquí?

— El porqué lo comprenderán cuando la conozcan: nos aguarda a comer y le he prometido que se quedarán ustedes.

— Pero el tren marcha a las cuatro y media.

— Todo está previsto: se irán, si es que no quieren quedarse en Ancón esta noche, en tren extraordinario: ya está pedido el *caballito*.

El *caballito* era una preciosa máquina pequeña que parecía un juguete y que arrastraba vagones contruados *ad hoc*.

— Por mi parte gustosísima, — dije; — pero ¿por qué no ha venido su Carmen?

— Porque se marea; porque es una criatura muy delicada de salud, y porque nadie en el mundo puede vencerla de que no siendo indispensable su presencia, debe dejar a sus ancianos padres y a sus dos hijitos. — Aquella es tu casa, — me dijo; — haz en ella los honores del almuerzo, y yo haré después en la mía los de la comida.

Salimos al comedor, en donde nos aguardaban el bitter, el kockell, el Vermouht y todos los aperitivos del repertorio.

Una vez que cada cual hubo tomado la indispensable *ganancia* del apetito, el *acólito* avisó que estaba el padre con el alba, el cíngulo y la estola puestos, aguardando solamente nuestra presencia para echarse la casulla y comenzar el sacrificio de la misa.

No nos hicimos esperar y subimos.

¡Qué sublime espectáculo se presentó a nuestros ojos!

Bajo el toldo estaban la tripulación y las tropas: la música saludó la investidura de la casulla y nuestra presencia con un acorde estruendoso, y la misa comenzó al propio tiempo que la banda daba principio a una pieza de concierto.

Estaba la *capilla* adornada con plantas y flores que despedían aroma embriagador, sombreada por blanquísimo toldo de lona y cubierta por mullida alfombra de terciopelo.

De terciopelo rojo eran también los cojines sobre los cuales nos arrodillamos. El atril que sostenía un misal admirablemente empastado era de marfil, y los ornamentos sagrados acusaban el gusto más exquisito, unido a la riqueza y al gusto que las filigranas de la elegancia suponen.

¡Momentos sublimes aquellos!

Inmóvil la gallarda fragata que a tan desgraciado fin estaba sentenciada, apenas acariciando nuestras mejillas la suave brisa que ni oscilar hacía la llama de los cirios, aspirando el aroma de profusión de jazmines del Cabo, diamelas, claveles, rosas y magnolias; escuchando la voz del sacerdote y saturando la mente con las melodías idílicas de un *yaralti serrano*, creíme transportada a otro mundo mil veces superior al nuestro, y hubiera querido no despertar jamás de un sueño cuyo recuerdo va siempre unido a la para mí piadosa y eterna memoria de Guillermo Moor.

¡Oh, lector, que paras mientes en estos renglones!, ten por rigurosamente exacta hasta la última palabra de las que aquí consigno, y si fuese mi pluma impotente para darte idea exacta de tanta grandeza, de infortunio tanto, transportate tú por medio de un esfuerzo del sentimiento a la patria donde resplandece la figura inmortal del héroe, y hasta los pájaros en sus trinos te dirán dónde ha muerto aquel que yo te presento rodeado de dicha, para que así puedas mejor apreciar el temple de su alma en las desgracias.

Dió término la misa y comenzó el almuerzo.

La entrada del reverendo Agustino, cuya sola presencia aguardábamos discurrendo alegremente por el comedor, motivó una salva de aplausos.

Estaban los sitios designados, y cada cual dirigióse al suyo sin vacilaciones, prueba evidéntísima de que antes había sido bien inspeccionada la mesa.

Era yo, como antes he dicho, la más joven, aunque no la más traviesa de las concurrentes: dirigióse Eugenio Raigada para conducirme á mi puesto, que estaba á su lado, y le dije:

—Aguarde V. un poco, no puedo almorzar sin descargar la conciencia.

Quedóse parado al oír mi respuesta, mucho más cuando me vió acercarme al buen fraile y hacer la demostración humilde de postrarme á sus plantas.

Riéronse todos de lo que parecía genialidad ó travessura de muchacha mimada al oírme decir con voz compungida:

—Padre, absuélvame V.

—¡Angel! ¿Pues en qué has pecado?, —respondió el fraile poniéndose á la altura de las circunstancias.

—En que he dudado de la existencia de otro cielo más alto que la cubierta de este buque.

—Allí estaba Dios, hija mía, y también aquel era el Cielo.

—¡Ah, sí, lo he sentido, *mi* padre!; pero me ha disipado tanto el pensamiento, que no he podido adorarle porque volaba mi espíritu por otras regiones.

ba al costado nuestro la lancha de vapor de la *Independencia*, y los sirvientes trasbordaban á ella lo necesario para el *lunch* que, algunas millas más afuera, debían servirnos.

¡Delicioso paseo el que dimos!, abarcando con los anteojos la costa, y con la fantasía la inmensidad del mundo físico que íbamos surcando.

—Pues *ego te absolvo*, —dijo con humana sonrisa y pagándome la confesión con una caricia precedida de la correspondiente bendición.

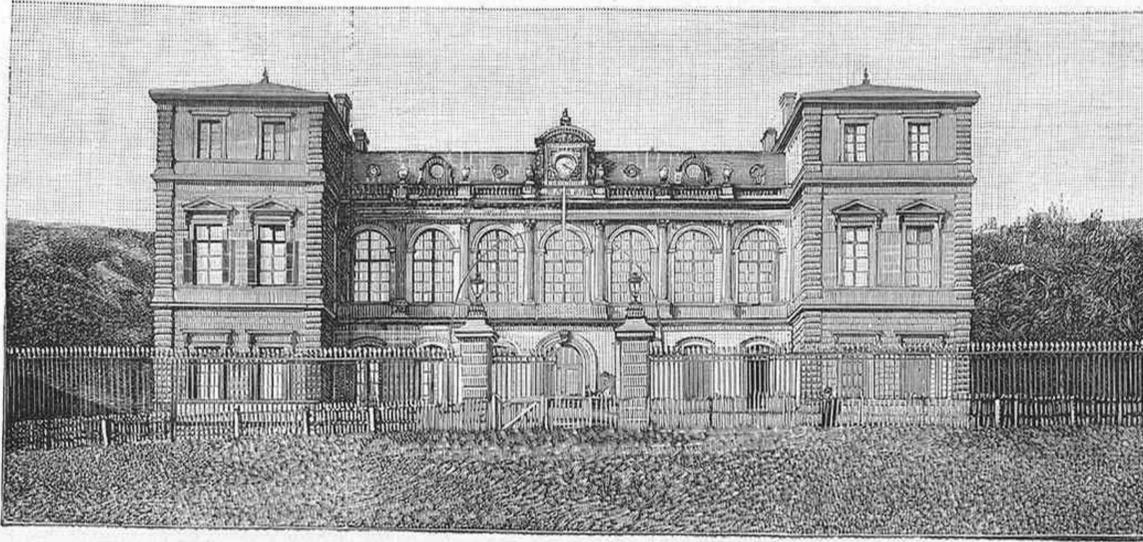
¡Cuánto siento que en el *maremágnum* de mi desgraciada memoria se escabulla el nombre de aquel simpático Agustino! Y sin embargo, también su figura está reflejada en el revuelto lago de mis infinitos recuerdos.

¡Para qué hablar de la esplendidez con que fuimos tratados por el comandante de la *Independencia*!

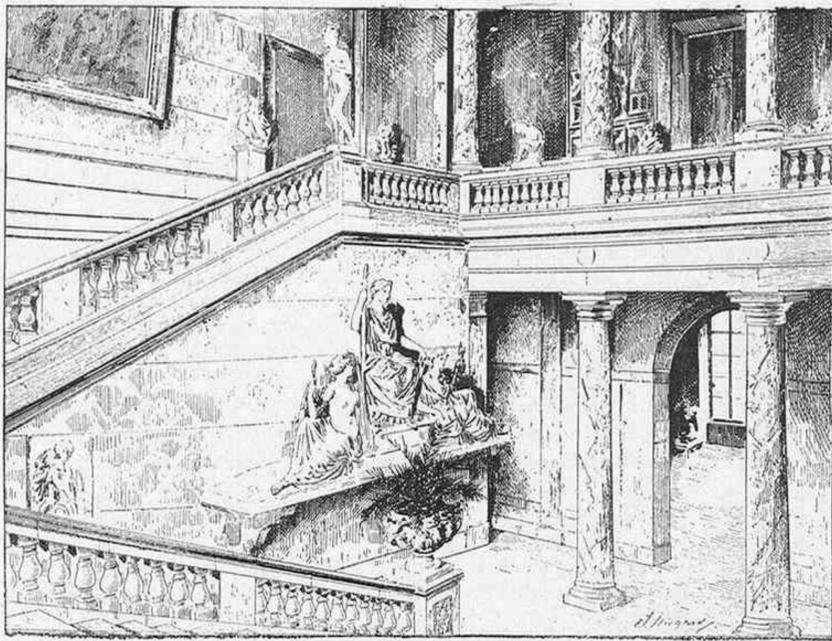
Los platos más raros, los vinos más exquisitos, sazonado todo con derroches de ingenio, con oleadas de gracia criolla, con frases galantes, con anécdotas, cuentos, historias y versos, dieron al almuerzo un carácter de alegre expansión que eléctricamente nos comunicá-bamos los unos á los otros.

A las tres de la tarde humea-

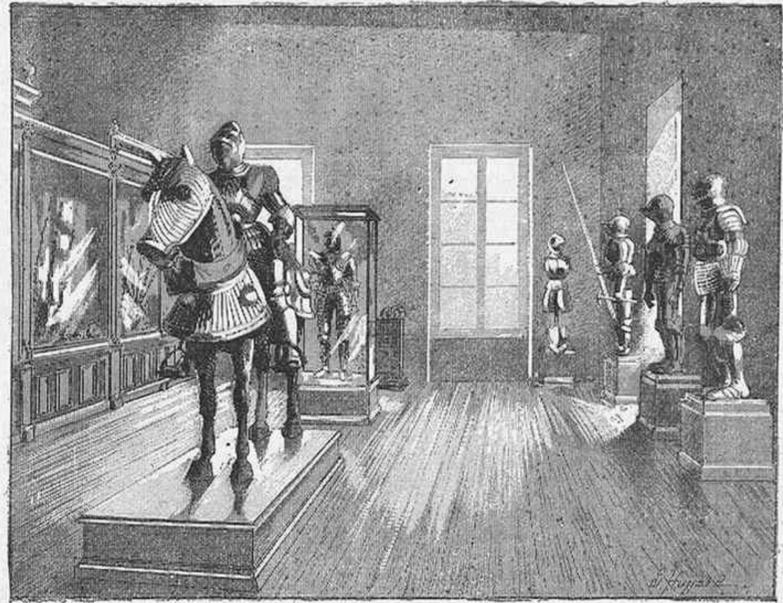
EL NUEVO MUSEO MUNICIPAL DE ARTES É INDUSTRIAS CREADO EN SAINT ETIENNE (LOIRE) (De fotografías)



EL MUSEO. — VISTA EXTERIOR



LA ESCALERA DE HONOR



LA GALERÍA DE ARMAS ANTIGUAS

El balanceo entornaba la lancha con fuerza, y de vez en cuando cabeceaba ésta hasta hundir la proa en el agua, pero nadie quería rendirse al mareo.

La espuma del champagne mezclábase á ratos con la que salpicaba de las cabrillas blancas y rizadas que con apariencias de enojo venían á estrellarse contra nosotros; pero tal era el entusiasmo de que estábamos poseídos, que no pensábamos regresar á tierra.

El comandante se impuso á nuestras locuras: ordenó virar en redondo.

Eran las seis y se acercaba la hora de la comida en el *ranchito* del general Medina, padre de la esposa de Moor.

Desembarcamos á la caidita de la tarde.

La colonia veraniega se agolpaba para vernos, y entre las muchas mujeres hermosas que nos contemplaban descolloba una de tan peregrina hermosura, que ni antes había yo visto, ni después he vuelto á ver criatura que se le pareciese.

Mi caballero había sido Eugenio Raigada desde la mañana, y apoyada en su brazo recorría yo el largo muelle por entre las dos filas de lindas curiosas: se había establecido, por consiguiente, entre nosotros cierta confianza, tanto más sincera, cuanto los dos nos mostrábamos sin artificio moral y con la propia sencillez que Dios nos había criado.

Oprimió mi brazo obedeciendo á una sensación profunda, y al propio tiempo me dijo, lleno de amoroso entusiasmo:

—¡Señora, señora!, mire V. qué mujer.

—Divina, —le dije.

—¿No es verdad, señora, que se puede venir á Ancón por ver esos ojos?

Y saludó á la hermosa quitándose su elegante gorra.

Lo mismo hicieron los demás caballeros de la comitiva.

Yo era recién llegada á Lima y no conocía sino cierto número de señoras.

—¿Puedo saber quién es esa mujer?, —pregunté al marino.

—Fulana de tal. (Aquí un nombre muy conocido.)

—Es hermosísima.

—¡Oh! No es posible que haya podido V. apreciar bien su belleza: se necesita mirarla mucho... No; mirándola mucho se vuelve uno loco.

—Amigo mío, está V. enamorado.

—Estoy ciego, señora.

—¿Y es V. correspondido?

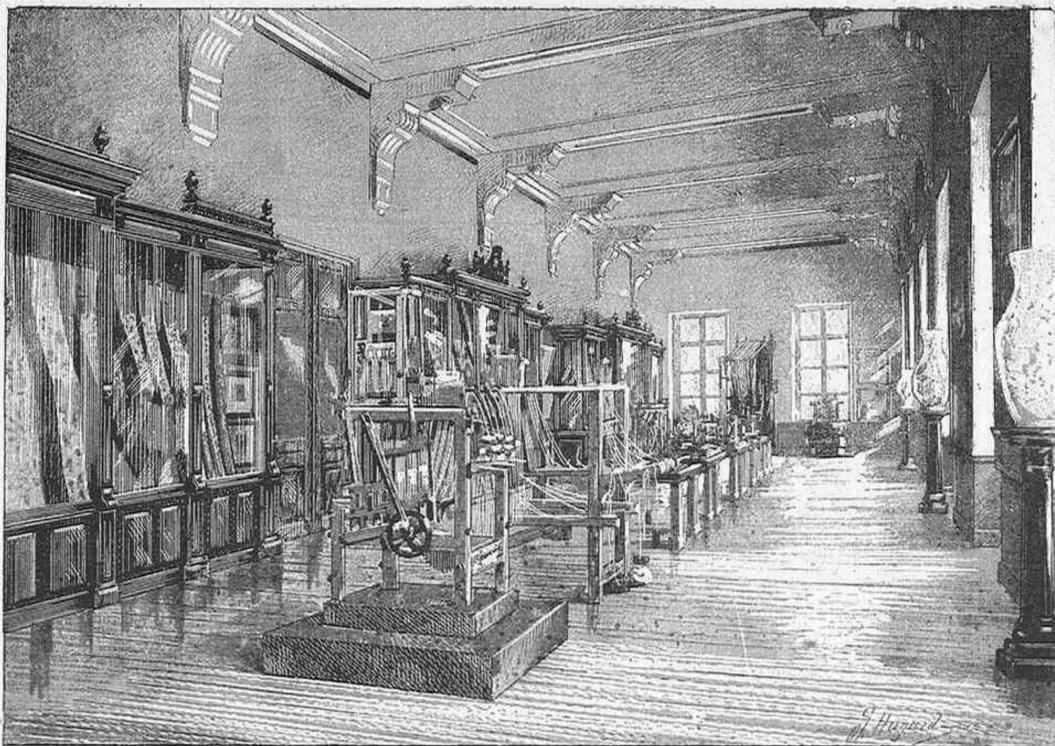
—Pues si no lo fuera el hombre que amase á esa mujer, ¿cree usted que pudiera vivir donde ella vive?

—Le felicito cordialmente.

—Gracias.

Aunque haga una pequeña digresión, no puedo sustraerme á la tentación de decir dos palabras acerca de la singular hermosura que tenía medio loco al segundo comandante de la *Independencia*, y como el tipo es auténtico, voy á copiarlo tal y conforme se me apareció en el muelle de Ancón.

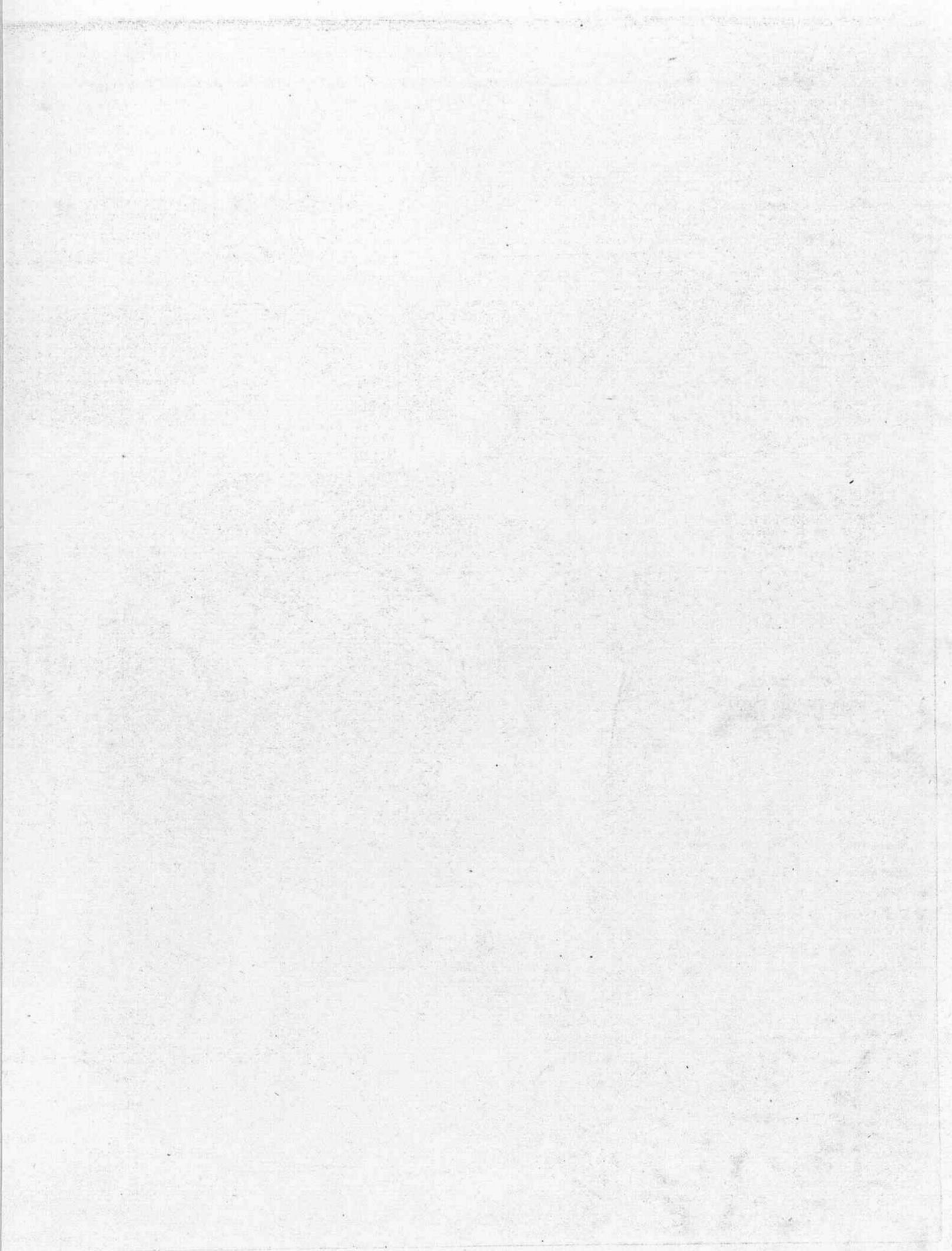
Era una mujer que contaría de veinticinco á treinta años, más bien alta que baja, de formas redondas y correctísimas, blanca, de boca chiquita y ojos grandes, muy grandes y muy negros; cejas arqueadas suavemente, nariz regular y apropiada al resto de las facciones, con las fosas nasales un tanto dilatadas, y barba tan graciosa y tan



LA GALERÍA DE LAS CINTAS



UN CONCIERTO EN MARRUECOS, cuadro de Gustavo Simoni, grabado por Manastroppa



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA



Falguière. M<sup>me</sup> Bartet. Pâris. Rodin. M<sup>me</sup> Samary. Bongeressu. Dagnan. Puvis de Chavannes. Mercié.

Henner. Bailly. Bonnat. M. et M<sup>me</sup> Leereux. Alejandro Dumas.

Roll. Gérôme. Julio Breton. M<sup>me</sup> Demont-Breton. Carlos Durán. Demont-Breton. Harpignies

M. et M<sup>me</sup> Claretie.

UN DÍA DE BARNIZADO EN EL SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS, CUADRO DE M. RIXENS, GRAHADO POR BAUDE

Sociedad Nacional de Bellas Artes (Salón del Campo de Marte, de París, 1890).





DESTRONADA, cuadro de J. A. Clark

redondita, que no se concebía mirarla sin sentir impulsos de pasar por ella la mano.

Tenía el negro cabello tendido, señal de que se había bañado hacia poco tiempo; vestía una bata entallada de nansuk, adornada con encajes de punto inglés, de larga cola, guarnecida de ancho volante, escote cuadrado que dejaba apreciar su maravilloso cuello de garza, y mangas que sólo hasta el codo le cubrían, adornadas con voleado encaje y sujetas con lazos de terciopelo rosa.

Largos mitones de seda, color de rosa también, completaban este ropaje admitido en aquel puertecito, único en donde las señoras podían permitirse salir á la playa con el traje de casa y con el pelo suelto.

Ni quito ni pongo pincelada al retrato: los lectores dirán si el distinguido marino podía estar cuerdo cuando me decía radiante de gozo que aquella mujer lo amaba.

Llegamos á casa del general Medina sin que dejase Raigada de hablarme de su bella. Una vez en el seno de aquella familia, se respiraba tan dulcísimo encanto, que desaparecía de la mente cuanto la hubiese herido antes de traspasar los umbrales de un hogar que rebosaba dicha.

Allí nos aguardaba Carmen Medina, la fiel compañera de Guillermo Moor, la heredera única de la virtud y la honradez de sus ancianos padres; la madre de dos querubines bellísimos que deben ser hoy dos apuestos caballeritos.

A las claras se veía que Carmen estaba ciegameamente enamorada de su esposo. Los elogios que de su galantería le hacíamos reflejábanse con destellos de pasión infinita en sus grandes ojos, y su fisonomía enfermiza animábase con fulgores de vida, oyéndonos decir que le envidiábamos á su Guillermo.

Los maridos presentes aseguraban que teníamos razón. ¡Si podría Carmen estar orgullosa!

Tomamos el rancho por asalto; yo me acosté en una riquísima hamaca de seda de vivos colores, acompañada de los dos pequeños, que al momento se hicieron mis grandes amigos, y hasta que no me fueron á buscar para llevarme á la mesa, no dejé de charlar con los que estaban destinados por la fatalidad para ser hijos de un mártir.

Ha transcurrido año y medio, poco más ó menos.

Amaneció el 21 de mayo de 1879, y á la vista de Iquique, puerto peruano, bloqueado á la sazón por los chilenos, aparecieron en son de combate los dos mejores buques de la escuadra peruana, la fragata *Independencia* y el monitor *Huascar*, comandados ambos por Juan Guillermo Moor y por el inmortal Miguel Grau, cuyo nombre basta por sí solo para engrandecer la historia de un pueblo.

Bloqueaban Iquique los barcos chilenos *Esmeralda* y *Covadonga*, el primero de los cuales apresara al segundo el año 1866, cuando la corbeta española hacia el servicio desde Panamá á Valparaíso conduciendo la correspondencia de nuestra escuadra. Era la *Esmeralda* un buque de viejas cuadernas, pero de alma joven, y el alma éralo su comandante, otro bravo marino, Arturo Prat, que pereció en ese encuentro. Comenzó el ataque dirigiéndose el *Huascar* á la *Covadonga* y la *Independencia* á la *Esmeralda*; pero pronto cambiaron de táctica, y el *Huascar* atacó á la *Esmeralda* con su poderoso ariete, mientras la *Independencia* perseguía á la *Covadonga*, que buscaba en la fuga su salvación.

Avanzaba la goleta forzando la máquina y ciñéndose á la costa de modo que los fuegos de su perseguidora no pudieran herirla, y seguía la ciegameamente la fragata peruana; entre tanto en la rada de Iquique se dedicaba Grau, con aquella bondad de sentimientos propios del hombre grande, á recoger los naufragos y heridos del buque que acababa de echar á pique con el espolón de su Monitor.

En aquellos momentos en que dos naciones jugaban casi al azar su existencia, cuando se desarrollaba el prólogo de la siniestra hecatombe que tan generosas vidas costó á tres naciones del pacífico, el ángel de la desgracia cernía sus negras alas sobre la frente de Carmen Medina, de la esposa enamorada y amante que, postrada de hinojos, elevaba su matutina plegaria á la Virgen, pidiendo la vida y una página de gloria en el libro de la patria para el amoroso padre de sus hijos.

Moor, sereno, impávido y arrogante, no perdía de vista á la fugitiva corbeta, á la que hubiera querido apresarse sin detrimento alguno; pero la pequeña nave salvaba, gracias á su poco calado, los arrecifes de Punta Gruesa, mientras la gallarda fragata sufría el horrible traumatismo que debía sepultarla en lo profundo del grande Océano.

Una roca desconocida fué el enemigo peor que tuvo el Perú en su guerra con Chile: si la *Independencia* no perece aquel día, la guerra hubiera terminado antes: no cabe dudar.

Equilibradas casi las fuerzas de mar, se hubieran sucedido los combates parciales, y las hostilidades continuadas habrían acabado por debilitar á los combatientes; las paces se hubieran impuesto por las circunstancias, y la humanidad nada habría perdido con que así sucediese.

Pero estaba escrito. El estupor aterró en los primeros momentos á los tripulantes de la *Independencia*.

Juan Guillermo, rehaciéndose y elevando su alma grandísima sobre el inmenso infortunio, que más le dolía por ser de la patria que por ser suyo, da las primeras órdenes, con serenidad imperturbable, para aplicar una mecha á la Santa Bárbara.

La *Covadonga*, apercibida del desastre, vira en deman-

da de la fragata naufraga y le presenta combate. Moor, desafiando las balas enemigas, se pasea de un lado al otro de la nave, sintiéndola hundirse, con gozo y sin intentar siquiera salvarse.

Otro marino, á quien estaba reservado un puesto en el templo de la inmortalidad, Enrique Palacios, quedaba á bordo con Moor. El arrojado Palacios, que tantas pruebas de valor había dado, y que reservaba la última para el día de su gloriosa muerte, fué á nado á buscar un bote y regresó al costado de la fragata para salvar al comandante que, con el alma volando hacia Lima, y el corazón desangrándose como se desangraba la patria, seguía paseando sin dar muestras de terror ni de espanto al ver cómo el agua bañaba ya sus elegantes botas.

El *Huascar* apareció y la *Covadonga* emprendió de nuevo la fuga.

Antes de continuar dedicaré un recuerdo entusiasta al reverendo Agustino, de cuyo nombre no puedo acordarme.

Cumplió su santo ministerio bendiciendo á los moribundos, y una vez terminado cogió un rifle, diciendo: «He cumplido con Dios, ahora soy de la patria.»

Y disparaba como el más experto de los soldados, y como si al ministro de paz y concordia hubiera sucedido rencoroso guerrero.

Moor se declara responsable de aquella catástrofe; reconoce que un momento de entusiasmo, que la sangre de su madre, dominando á la del autor de sus días, fueron causa del desastre que la patria llora; pero corazón grande, alma privilegiada, no abriga la cobarde intención de encargar al cañón de su revólver la dichosa tarea de aplacar sus tormentos.

Tres días después desembarcaba en Arica, en donde estaba el presidente de la República, general Prado. Va á comenzar su calvario, á cargar la cruz pesadísima que la ira y el encono de la patria herida echarán sobre sus hombros y á esperar el instante de probar al mundo que no es merecedor del odio ni de las reconvenções con que amarga más y más su existencia.

Apenas supe la desgracia de mi pobre amigo, corrí á visitar á Carmen.

Al verme, y cuando yo llorando con ella la estrechaba entre mis brazos, no acudieron á los labios de la esposa otras palabras que aquellas que debía tener sujetas al pensamiento con clavos candentes.

— ¡No estaba la roca en la carta! ¿Lo ha leído V.? — me dijo anhelante.

¿Hay algo más elocuente en el lenguaje del amor infinito?

Se trataba, no ya de la vida; se trataba de la honra de su Guillermo, de su ídolo; el caballeroso, el grande de corazón, el de alma templada al calor de todas las virtudes, veíase injuriado por el patriotismo herido de unos pocos, y culpado por la desesperación y el dolor del Perú entero.

¡Qué grandiosa revancha debía tomar dando á sus destructores, con la vida, el mentís más solemne!

Ni una queja, ni una disculpa, ni una frase por la cual pudiese nadie creer que trataba de sincerarse.

Un año duró el martirio de Moor; un año que debió parecerle un siglo, sin ver á su esposa, sin besar á sus hijos; trabajando sin descanso en las fortificaciones del puerto y del Morro de Arica; ejemplarizando con su valerosa resignación, y preparando con risueñas esperanzas el día de la reivindicación de su honra, mancillada por la desgracia.

Intentó una vez hostilizar al enemigo, acaso porque sentía la necesidad de acabar con sus tormentos, y pidió una lancha torpedo al general Prado; éste se la negó. ¡Negativa cruel para soportarla con resignación, sin flaquear en el propósito de vivir para inmortalizarse!

El 7 de junio de 1880 atacan los chilenos el puerto de Arica por mar y por tierra. Juan Guillermo Moor era jefe del Morro, de aquel baluarte regado con la sangre preciosa de un puñado de héroes, que contestaban á las intimaciones del enemigo que peleaban «hasta quemar el último cartucho», y así lo cumplieron sin que ninguno faltase al solemne juramento.

Defendía Moor el terreno palmo á palmo y con tenacidad asombrosa.

Dijéronme poco tiempo después los que le habían visto, que estaba magnífico, sublime, con la espada en la diestra, empuñando con la siniestra el revólver y haciendo prodigios de valor y de arrojo.

Había llegado el suspirado momento.

La patria le contemplaba de hinojos, pidiéndole perdón por sus agravios, y Moor, perdonándola, le daba su vida antes que rendir su espada á los hombres, ya que á la fatalidad había rendido su barco.

Un rifero chileno le hiere de muerte, y Moor, antes de caer, se hierge por unos instantes, levantando al cielo los ojos en actitud arrogante y llenando de asombro á los que le contemplaban.

Cayó, pero cayó majestuosamente; desplomado, correcto, hermoso como cuando la felicidad le sonreía.

¡Pobre Carmen!

Una sola vez la he visto después: bajaba yo de la Sierra en un tren, y ella subía en otro acompañada de sus hijitos.

Iba envuelta en su fúnebre manto, y apenas tuvimos tiempo para reconocernos.

No pude hablarle, pero indudablemente remontaba las alturas buscando oxígeno para sus débiles pulmones.

¡Quién sabe! ¡Quizás esté ya en la mansión de los justos en compañía del esposo adorado!

Los restos de Moor fueron conducidos á Lima y depositados en la Catedral. Sólo cadáver volvió á entrar en la ciudad que había abandonado lleno de patriótico entusiasmo.

¡Qué radiante debe ser el puesto reservado en el empuje á los que en la tierra fueron buenos, héroes y mártires!

EVA CANEL

## LOS AMANTES DE LA PLAZA DE LA CEBADA

Como Diego de Marsilla amó á Isabel de Segura, Abelardo á Eloísa y Romeo á Julieta, así Andrés amó á Petra, por más que ni como Diego fué valiente, ni como Abelardo sabio filósofo, ni como Romeo de noble alcurnia. Mas todos somos iguales ante el amor, sin que haya sido precisa ninguna Revolución francesa para proclamar esta igualdad; y Andrés ignorante, villano y prudente supo amar á Petra como fueron amadas Isabel, Eloísa y Julieta; es decir, con una pasión tres veces mayor que la inspirada por cada una de éstas.

Andrés era hijo de un rico carnicero de la plaza de la Cebada, apellidado Montero.

El padre de Petra era carnicero también y apellidábase Carreño.

Montero era gallego.

Carreño asturiano.

Sus puestos estaban en la misma galería del mercado, uno á la derecha y otro á la izquierda.

Con todos estos motivos era natural que Montero y Carreño se odiasen, y odiábanse, en efecto, como hombres, como carniceros y como gallego el uno y asturiano el otro; pues aunque se dice que gallegos y asturianos todos son hermanos, es lo cierto que el cariño fraternal que se tienen parecese mucho al que Caín sintió por Abel.

Si entre los vendedores de la plaza de la Cebada hubiese habido alguno que conociera el drama de Shakespeare, seguramente hallara ciertas analogías entre Capuletos y Montecos y Monteros y Carreños.

Las analogías no fueron vistas, pero existieron, y fueron tantas que la plaza estaba dividida en partidarios y enemigos de Montero y amigos y partidarios de Carreño, y por fin Andrés, el hijo de Montero, adoraba á Petra, la hija de Carreño.

¿Por qué será tan frecuente el caso de que se amen los hijos de enemigos irreconciliables? Averigüelo Vargas, gran averiguador de cosas ocultas; que aquí importa nada saber el por qué se amaron Petra y Andrés, pues con decir que se amaron basta.

Como uno y otro sabían los odios irreconciliables que separaban á sus padres, les ocultaron sus amores con gran cuidado; mas quién si ama ordena á su alma que no se asome á los ojos y diga á voces su amor?

Los ojos de Andrés le delataron; mas no fueron sus padres los que primero conocieron su pasión. Quien lo adivinó fué la madre de Petra.

Era ésta una mujercilla pequeña de cuerpo, de avinagrado rostro, seca, de ojillos pequeños, pero muy vivos, con una mirada que denunciaba su carácter duro. Su boca era de labios finos de pálido color y algo hundidos, y su nariz fina, picuda é inclinada hacia la boca semejando el pico de un pájaro.

Del raquítico, miserable y finísimo cuerpo de la *señá* Isidra parecía imposible que hubiera nacido la arrogante, espléndida y maciza Petrica, como así la llamaban en la plaza de la Cebada.

Era Petra una muchacha morena, pero de un moreno claro y con cierta palidez que dejaba ver en sus sienas, frente y garganta los tonos azulados de sus finísimas venas. Sus labios eran rojos, muy rojos; mas no por eso comparables al coral, que el coral es frío y seco y los labios de Petra eran húmedos y tenían el rojo caliente de la vida, el que da un temperamento apasionado cuando no se ha vivido más que diecisiete primaveras y se ha nacido y crecido recibiendo los rayos del sol de España.

Los ojos de Petra... ¿quién pudiera describirlos? ¡Si aquello no eran ojos! Si eran dos tentaciones. Si poseían todos los atractivos del cielo y hacían nacer todos los deseos del infierno. Si al mirarlos dudábase si eran obras de Dios ó del ángel malo. Si esos ojos me miraran con amor, pensábase al contemplarlos, por no perder su mirada, con gusto sufriera todos los martirios que Diocleciano hizo sufrir á todos los cristianos; mas si me miraran con odio, tal daño causarían que las penas del infierno dantesco parecerían miel sobre hojuelas.

Como antes se ha dicho, el puesto de los padres de Petra hallábase situado frente al de los padres de Andrés, así que éste tuvo siempre ante sus ojos el rostro tentador y divino de Petra. Sin amarla hubiera sido preciso ser de estuco para no mirarla de continuo, y amándola imposible evitar que el amor se denunciara.

La *señá* Isidra conoció, pues, el amor de Andrés á su hija, y en el primer momento sintió una salvaje alegría; pues en su odio á Andrés y á todos los suyos vió en aquel amor un motivo de tortura para su enemigo.

— ¡Conque la quieres, se decía! Bien claro lo veo en tus ojillos de cochino; pues rabia y rabia y rabia, que no ha de ser mi Petra para el hijo de ese gallegote.

Mas pasó algún tiempo y conoció la *señá* Isidra que á las miradas de Andrés respondían las miradas de su hija Petra.

Dióse desde entonces á observar y á vigilar á su hija, y un día la encontró junto á la puerta de la Iglesia de San Andrés en amorosa plática con el odiado hijo del gallego.

gote, como ella le llamaba.

Quiso reprimir su cólera, mas no pudo, y en plena calle y delante de las gentes que salían de misa dió á su hija dos terribles bofetadas, y con los verduzcos ojos impregnados en sangre, contraída la boca y verde de coraje, dijo, dirigiéndose á Andrés:

— Estas *gofetaas* se las doy á mi hija porque no te las *pueo* dar á ti; pero haz cuenta que es lo *mesmo* que si te las diera, y además toma esto *pa* ti y *pa* los tuyos.

Y dando una rabotada escupió en la cara á Andrés.

— ¡Dios! gritó Andrés é hizo un ademán como para lanzarse sobre la vieja; pero conteniéndose de pronto, añadió: — ¡Es V. mujer y además madre de Petra, que si no!...

— No mates más, hombre; quita el pistón, que se te va á disparar...

Petra puso fin á aquella escena obligando á su madre á alejarse de Andrés.

Aquel mismo día supo toda la plaza de la Cebada lo que había ocurrido, y no faltó un amigo juicioso que se lo refiriera á Montero, el padre de Andrés.

La paz que hasta entonces había reinado en las casas de Carreño y de Montero huyó, y huyó para siempre; mas no por esto dejaron Petra y Andrés de amarse. Ni nadie pone puertas al campo, ni hay puertas que no abra el amor.

A pesar de las infinitas precauciones que tomaban los padres de una y otro amantes, siempre hallaban éstos acosiones de verse y hablarse.

El amor de Andrés no necesitaba estímulos de ninguna clase para crecer, pues lo infinito no admite aumento; pero el amor de Petra, que en un principio no fué sino ligero devaneo, llegó á convertirse en pasión; que siempre la prohibición fué causa de apetito.

Los padres de Andrés eran ricos, poseían en dinero una fortuna que ascendía á unos ocho ó nueve mil duros. Con este dinero pensó Montero que podía dedicarse á un negocio más lucrativo que el de la compra y venta de carne al por menor, y para librarse de la presencia aborrecida de los Carreños, vendió su puesto de la plaza de la Cebada y se dedicó al comercio de ganado vacuno.

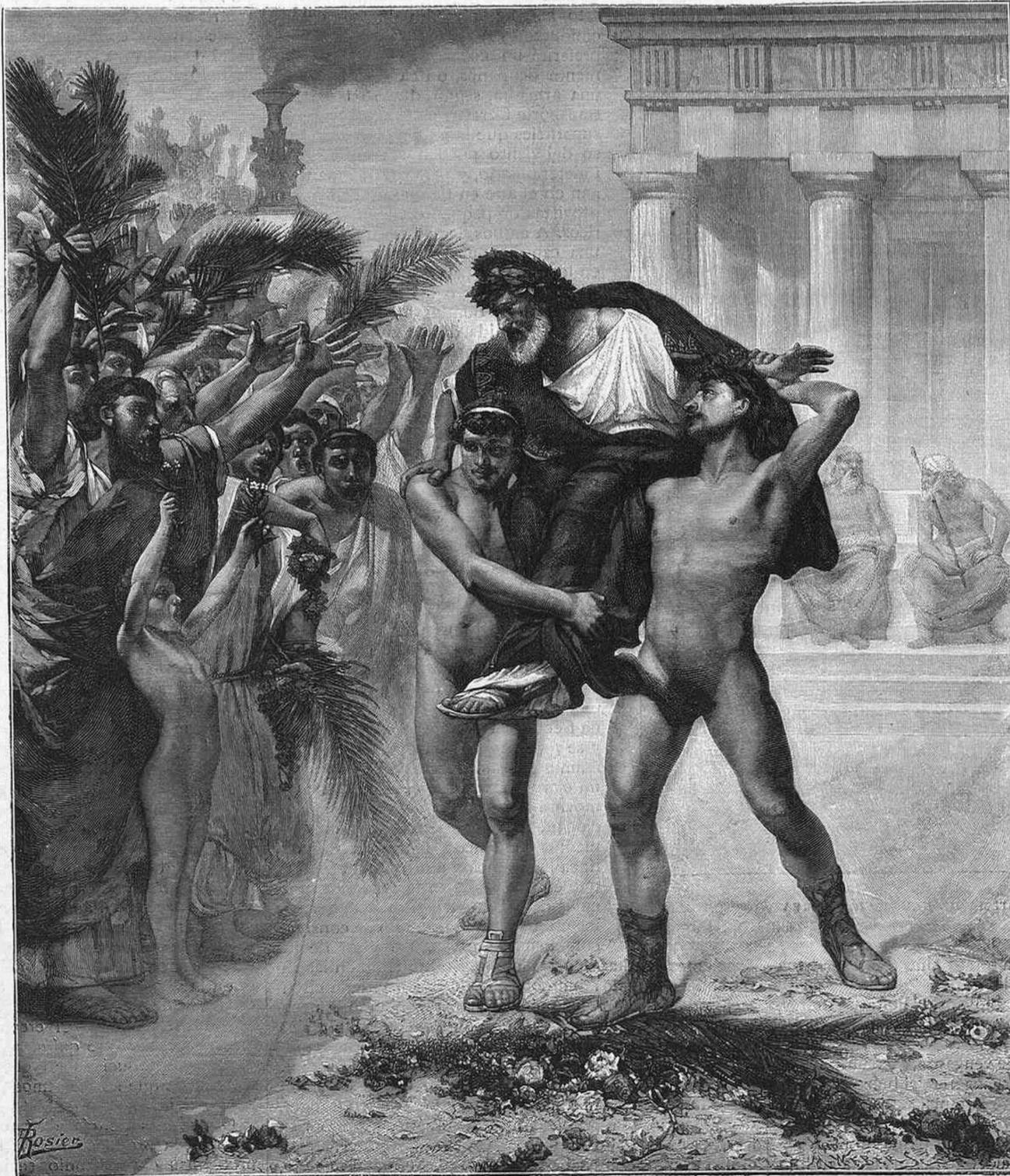
Al desaparecer la competencia ganó en importancia el puesto de Carreño, aumentó su parroquia, y lo que hasta entonces no había logrado lo consiguió en tres ó cuatro años. Carreño se redondeó y llegó á verse poseedor de doce ó trece mil duros.

No sopló así la suerte á Montero; desde que vendió su puesto, la fortuna le volvió la espalda; sus nueve mil duros se redujeron á tres mil. Cuando se hallaba en esta situación, hizo sociedad con cierto extremeño, quien le propuso un negocio que en poco tiempo había de resarcirle de las pérdidas sufridas y aun hacerle más rico de lo que antes era. Puso Montero en manos del extremeño los restos de su fortuna, y un día el extremeño se escapó á Buenos Aires, llevándose hasta el último real de su socio. El ahorrativo gallego, el que había amontonado nueve mil duros cuarto á cuarto, dando carnes malas á precios de buenas y sisando cuanto podía en el peso, no pudo resistir aquel golpe y fué al otro mundo á dar cuenta á Dios de los engaños y sisas que hizo á los compradores que le enriquecieron.

Lloró Andrés la muerte de su padre y se dolió de la pérdida de su fortuna, mas no por el dinero, que en esto no se parecía á su padre, sino porque la pobreza era un motivo más para alejarle de su Petra del alma.

Como nunca el mal viene solo, según reza el refrán, á la pérdida de su fortuna y á la muerte de su padre siguió una larga y costosa enfermedad de su madre.

Andrés conocía bien el oficio de cortador y entró de mozo en una carnicería. Pudo así mantener á su madre,



EL TRIUNFO DE DIÁGORAS, cuadro de A. Rosier

pero llegó un día en que los médicos dijeron que era preciso que ésta tomara los baños de mar.

Todos los recursos se habían agotado en su casa; las ropas y las alhajas de los tiempos de opulencia estaban en el Monte de Piedad; todo lo había consumido la enfermedad de su madre.

Cierta tarde en que logró avistarse con Petra conoció ésta que alguna grave pena afligía á su novio. Le preguntó con gran cariño lo que ocurría y supo que la madre de Andrés no podía ir á los baños que la ordenaban por no tener cuarenta ó cincuenta duros.

Algunos días después volvieron á verse los novios, y cuando iban á separarse dijo Petra:

— Andrés, ¿me reñirás si te digo una cosa?

— Por una sola cosa te reñiría; que me dijeras que no me quieres.

— Por eso no has de reñirme nunca.

— Pues entonces, di lo que quieras.

— Andrés... Yo... Yo quisiera que tu madre fuera á los baños. Pobre viejecita: la quiero como si fuera mi madre; ¡qué digo como si fuera!, como á mi madre que es, como que lo es tuya.

— Dime pronto lo que hayas de decirme, y déjate de esas cosas, que me haces llorar, y en un mozo como un castillo y en esta cara de bruto no sientan bien lagrimitas.

— Pues mira, yo quiero que tu madre vaya á los baños, y como quiero, irá; toma.

Al decir esto alargó á Andrés dinero envuelto en papel de estraza:

— ¿Qué es esto Petra?, contestó Andrés sin tomar el dinero que su novia le daba.

— ¿A qué tanto *riquilorio*? Clarito: estos son cincuenta duros que he *sisao* del cajón y del *apartijo* de mi padre. Tú los tomas, y punto concluido. Y sin dar lugar á que Andrés replicara le metió el dinero en el bolsillo de la chaqueta y dijo, echando á correr:

— ¡Adiós! Ya *tavisaré* cuando podamos *golver* á vernos.

Andrés se quedó contemplando á Petra, que se alejaba; sintió humedad en sus mejillas, alzó los ojos al cielo para

ver si llovía, y al ver que en él no había ni una nube, murmuró entre dientes:

— No es el cielo el que llueve, son mis ojos los que han *llovido*. ¡Ay, cuánto te quiero, Petra mía! Yo te pagaré esta deuda.

Después con el revés de su mano, dura y callosa, secó sus lágrimas y tomó el camino de su casa.

La generosidad de Petra fué inútil. La madre de Andrés murió á los pocos días de llegar á los baños.

Aun no habían terminado las desdichas de Andrés. Llegó entonces la quinta de los veintitrés á los treinta y cinco años, y Andrés fué soldado, y peleó primero contra los realistas en el Norte y después tuvo que ir á Cuba á pelear contra los filibusteros.

Dos meses le faltaban para cumplir su compromiso con la patria, y hasta seis ú ocho meses antes había tenido noticias de su Petra.

Un día recibió una carta de un primo suyo diciéndole que Petra se había casado.

En el batallón conocían todos los soldados y todos los jefes el vivísimo deseo de Andrés de dejar el servicio y regresar á España, y vieron con asombro que al darle la licencia se reenganchaba por cuatro años.

Diéronle el premio de reenganche, que dejó depositado en la caja del regimiento. Concluyó la guerra de Cuba y en un hermoso día del mes de Junio entró en Madrid Andrés.

Eran las seis de la mañana cuando se apeó del tren, y desde la Estación del Mediodía se encaminó á la plaza de

la Cebada. Llegó á la galería en que estaban el puesto de Petra y el que había sido de su padre. Desde el extremo de la galería vió á Petra, hermosa, más hermosa aún que la había dejado al partir. La vió dando el pecho á un niño. Sólo Dios sabe lo que sentiría el alma de Andrés; en su rostro no se pintó ni amor ni odio. Adelantó hasta colocarse frente á Petra, que al verle dió un grito y ocultó á su hijo entre sus brazos.

Andrés sin que un músculo de su cara se moviera sacó de sus bolsillos unos puñados de duros los arrojó sobre la mesa de Petra y dijo:

— Perdóname si he tardado en pagarte esta deuda: este dinero es el premio de mi reenganche: de esto estamos ya en paz; veremos si arreglamos otras cuentas. Después volví la espalda, y sin decir una palabra más se fué.

El marido de Petra era celoso en extremo y sabía los amores que con Andrés había tenido su mujer. Petra nada le dijo de la llegada de su antiguo novio; pero él lo supo, pues la venida de Andrés fué un verdadero acontecimiento.

— Ella lo sabe y lo calla, pensó el celoso. ¿Si le querrá todavía?

Transcurrieron varios días, Andrés iba todos los días á la plaza de la Cebada, pasaba por delante del puesto de Petra, le dirigía una mirada de expresión inexplicable y sin saludarla ni dirigirla la palabra se alejaba hasta el siguiente día.

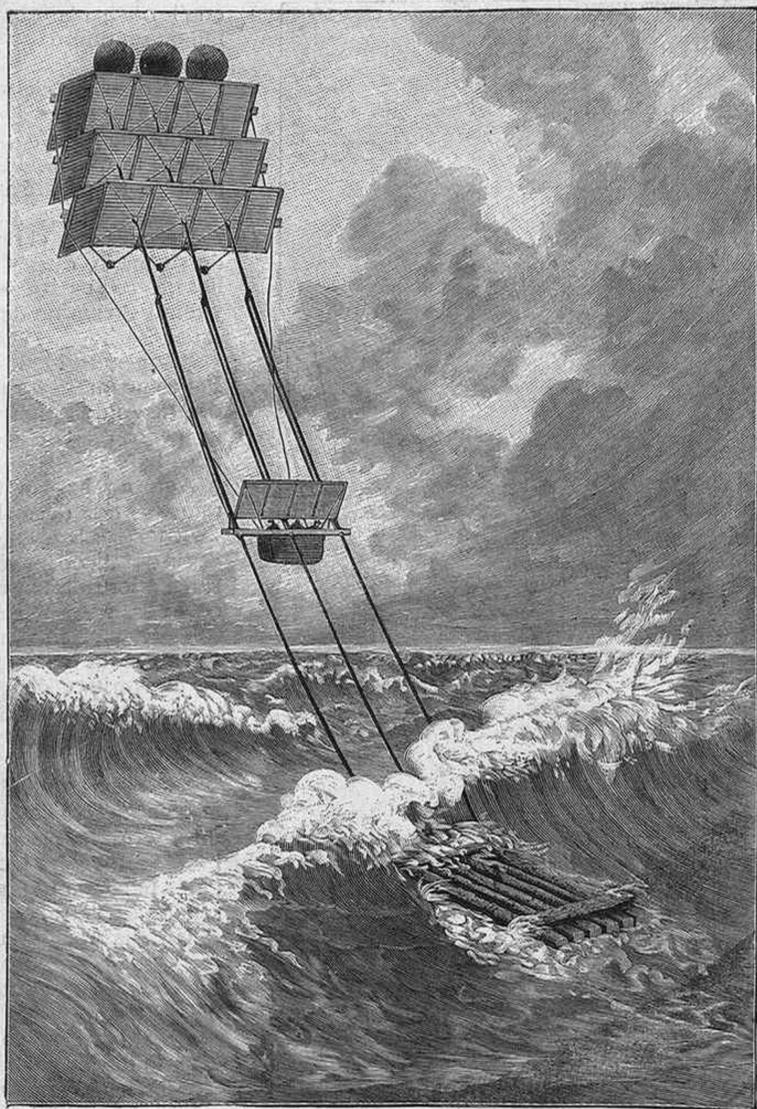
Estos paseos por delante de su puesto excitaron hasta tal punto los celos del marido de Petra, que llegó éste á creer que los antiguos novios habían llegado á ponerse de acuerdo.

Una tarde fué Andrés á casa de Petra; ésta hallábase sola sentada junto á la cuna de su hijo. Al ver á Andrés dijo incorporándose:

— ¿Qué vienes á hacer aquí? ¿No te basta con hacerme desgraciada?

— ¡Desgraciada! ¡Desgraciada tú! ¡Calla, calla! ¡Ya no eres la Petra que yo quería; pero aun así te quiero; ya no serás de nadie, de nadie! Ven, ven conmigo. Y al decir esto la agarró con fuerza por las muñecas y la trajo hacia sí.

— ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Por Dios, déjame!



NUEVO SISTEMA DE NAVEGACIÓN AÉREA

Los gritos de Petra despertaron al niño que en la cuna dormía y asustado empezó a llorar.

Una lucha terrible se entabló entre Petra y Andrés, Petra por fin logró evadirse, y corriendo hacia la cuna de su hijo lo estrechó entre sus brazos.

Andrés, ciego de cólera y de venganza, sacó un puñal y se abalanzó hacia Petra, volvió a cogerla del brazo, la arrancó el niño, que dejó caer sobre la cuna, é iba á clavar el puñal en el pecho de Petra; pero detuvo el movimiento al oír que ésta decía, despreciando el puñal que la amenazaba y volviéndose de espaldas para abrazar á su hijo que había caído desmayado:

— ¡Bárbaro, bárbaro, has matado á mi hijo! ¡Y yo que creí que aun te quería! ¡Te aborrezco, te odio!

— ¡Me amabas, me querías aún, y me odias y yo tengo la culpa? Quiero vengarme.

Al concluir esta frase se clavó el puñal en el corazón. Vaciló unos momentos y cayó sobre un sofá que había detrás de él.

Al verle Petra le abrazó, gritando: — ¡Andrés, Andrés mío!

Pasaron unos segundos y volvió á oírse la voz de Petra que gritaba: — ¡Jesús!

Doblóse su cuerpo y cayó al pie del sofá envuelta en sangre. Sangre de Andrés en su rostro y manos, sangre suya en todo su cuerpo, sangre que manaba de una horrosa herida que tenía en la espalda.

Un niño y un hombre presenciaban aquella escena, el hijo y el marido de Petra. Este había penetrado en la habitación en el momento en que su mujer abrazaba el cadáver de Andrés; no pudo imaginar lo que había pasado, sintió la pasión de los celos y clavó una enorme cuchilla en el pecho de su mujer.

¿No le parece al lector digna de ser referida la historia de los amantes de la plaza de la Cebada?

LAUREANO ORDOÑANA

## NUEVO SISTEMA DE NAVEGACIÓN AÉREA

Aunque en todos tiempos el hombre ha tratado de aprovechar la fuerza del viento para mover y dirigir los aerostáticos, nunca como ahora se ha desarrollado la inventiva para encontrar la solución de este problema. El grabado que reproducimos representa una de las más recientes tentativas que en este terreno se han hecho: la del americano Dr. David Thayer, de Boston (Massachusetts). El pensamiento que sirve de base al invento consiste en impulsar cualquier vehículo terrestre ó marítimo por medio de un aparato á propósito para funcionar y moverse en el aire. La acción deseada del aparato resulta de la combinación del impulso oblicuo del viento sobre superficies dispuestas según el principio de los cometas de papel y de la resistencia que opone la carga que ha

de arrastrarse y que está unida al aparato aéreo por medio de tres cables conductores. Para el experimento se preferirá un coche ó trineo completamente ocupados, ó una gran lancha ó una armadía, según que se trate del transporte terrestre ó del marítimo. Las superficies que han de recibir el impulso del viento pueden ser en número indeterminado, y para que se mantengan en el aire en tiempo de calma van provistas de pequeños globos aerostáticos. A ambos lados están colocadas una especie de alas, con cuerdas fijas en los bordes, para dirigir el aparato dándoles mayor ó menor inclinación. La cesta en donde van los pasajeros está suspendida de los cables conductores entre el aparato aéreo y el bote ó armadía, puede subir ó bajar á voluntad y tiene en su proa una vela que permite colocarla á la altura que se desee. Este aparato ascensor lleva una especie de acial para fijar la cesta en los cables á la elevación que se crea conveniente.

\*\*\*

## NUEVO APARATO PARA IMITAR LA ASCENCIÓN Á UNA MONTAÑA

La actividad muscular es de la mayor importancia para la conservación de la salud; por esta razón, las personas que por sus ocupaciones llevan una vida sedentaria, sienten con sobrada frecuencia perturbado su organismo y se ven precisadas á destruir el mal ó á aminorar sus efectos por medio de un ejercicio proporcionado. Entre los movimientos corporales cuya aplicación metódica más se recomienda como medios higiénicos, figura en primera línea la ascensión á las montañas, porque en ella trabajan también los músculos de la parte superior del cuerpo y los pulmones, cosa que no se consigue con el simple paseo. En vista de los

excelentes resultados obtenidos por este medio en las enfermedades de los pulmones, del corazón y de la circulación de la sangre, los médicos han reconocido la necesidad de proporcionar á todos aquellos que no pueden pasar algunos meses en la montaña, una gimnasia de salón que imite lo mejor posible los movimientos deseados. A este objeto se han inventado una porción de aparatos, siendo uno de los más modernos el de Federico Muger, de Lubeck, que reproduce nuestro grabado, y que por su ligereza y sencilla operación es de gran conveniencia para el uso doméstico: ocupa poco sitio y es de fácil manejo, de modo que sin dificultad puede trasladarse de una habitación á otra ó al aire libre. Consiste en dos pedales unidos por medio de dos cuerdas, de tal manera, que todo lo que uno sube baja el otro: dos muelles en espiral pueden ser regulados de modo que el esfuerzo resulte mayor ó menor, según la prescripción facultativa. Los pedales ponen también en movimiento los brazos por medio de los dos palos que se ven á los lados del aparato, y al propio tiempo una respiración profunda desembaraza los pulmones y ensancha la cavidad torácica. Como el aparato permite una graduación del peso, pueden usarlo así los niños como los adultos y los ancianos: combinando con él el respirador de Wolf, se hace posible respirar el aire del exterior dentro de la habitación en donde funciona el aparato.

(De la *Illustrirte Zeitung*)

## LOS PROBLEMAS DEL PORVENIR

Con ocasión de conmemorar el primer aniversario de su fundación el *Thomson Scientific Club* de Lynn (Massachusetts), el profesor Elihu Thomson, excusándose por haber tomado como tema de su discurso un asunto que ofrece ciertos puntos de semejanza con las profecías, ha desarrollado recientemente algunas consideraciones sobre el porvenir de las aplicaciones de la ciencia, que creemos pueden interesar á nuestros lectores.

Los progresos futuros, ha dicho el célebre sabio americano, son esencialmente una cuestión de opinión personal, y todas las previsiones están expuestas á ser desmentidas por los hechos. Difícil es prever qué vía tomará la ciencia para realizar esos progresos; pero es muy probable que los más importantes descubrimientos se realizarán en la esfera de la electricidad, pues aun cuando un gran número de problemas eléctricos han tenido ya su solución, quedan, sin embargo, muchos todavía por resolver.

Sin la menor dificultad se construyen actualmente máquinas eléctricas de 300 y de 500 caballos, que hubieran parecido gigantes cuando se consideraban como las más potentes las de 50 y 60; esto no obstante, está próximo el día en que será preciso construir generadores eléctricos

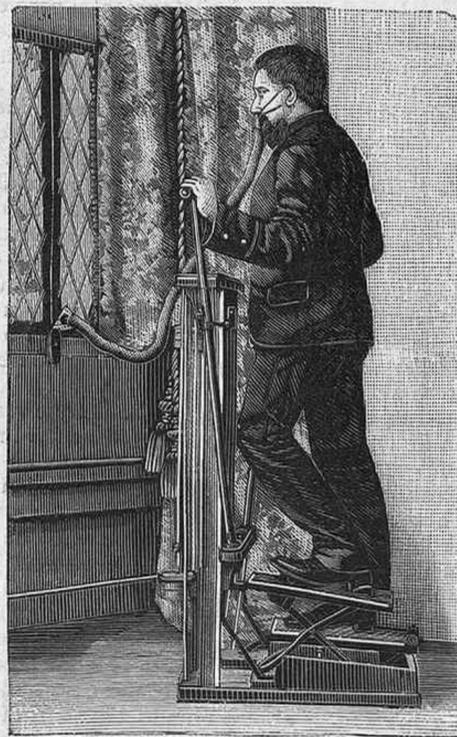
de muchos millares de caballos para transmitir la fuerza motriz en grande escala y alimentar importantes alumbrados eléctricos con una sola estación central. El sistema ideal de distribución es el que permite proporcionar la ley, el trabajo y el calorico, por medio de una sola canalización.

Es más fácil decir en qué dirección deben modificarse la construcción y las disposiciones generales de los generadores eléctricos de gran potencia, que prever los descubrimientos que han de cambiar el actual procedimiento de producción. Es de esperar que algún día podrá obtenerse directamente la energía eléctrica por la combustión del carbón; pero los hechos realizados no son bastantes para poder precisar por qué medios se llegará á este resultado. La pila termoeléctrica es aún un aparato de transformación de tan escaso rendimiento que la industria tiene que apelar á un motor de vapor y á un dinamo, á pesar de lo complicado que resulta este procedimiento de transformación, siendo necesarios todavía grandes estudios para que la energía de combustión del carbón se convierta en energía eléctrica.

En el porvenir todos los ferrocarriles serán de tracción eléctrica, no sólo los tranvías de las grandes ciudades y las líneas secundarias, sino también las líneas más importantes, y es casi seguro que se obtendrán velocidades mucho mayores que con el actual sistema de vapor: las actuales locomotoras constan de un gran número de piezas de movimientos alternativos que han de moverse, pararse y volverse á mover en sentido inverso muy rápidamente, mientras que la locomotora eléctrica sólo exige un movimiento de rotación compatible con un gran aumento de velocidad. Con las máquinas estacionarias y las locomotoras eléctricas podrá lograrse la velocidad de 160 kilómetros por hora, y si se tomaban precauciones especiales para mantener con seguridad el tren sobre la vía, sería posible viajar con una velocidad de 240 kilómetros por hora. Esta cifra representa, en sentir de Mister Thomson, la velocidad de los trenes dentro de un siglo, pues los problemas que se han de resolver para obtenerla no ofrecen dificultades insuperables.

Otro campo no menos fértil es el de las aplicaciones electroquímicas. Conocidos son los servicios que presta la electricidad en la extracción y purificación de los metales. Cada operación química no es más que un cambio de afinidad ó de encadenamiento entre las partículas que constituyen un cuerpo; y como la electricidad ejerce su acción sobre estas afinidades, es evidente que todas las operaciones químicas pueden ser dirigidas por una corriente eléctrica. Muchas investigaciones pueden hacerse sobre este particular, pero es difícil dar con una persona que sea á la vez un químico notable y un consumado electricista. Es más, dice el sabio americano: como todas las operaciones, incluso el crecimiento de los vegetales, se basan en reacciones químicas, muchas de las cuales pueden ser reproducidas en el laboratorio, los mismos alimentos de que nos servimos podrán ser producidos por la electricidad.

Otras ideas podrán desarrollarse en el porvenir; por ejemplo, la producción de la luz sin calorico, uno de los problemas cuyo estudio se impone á los físicos y á los ingenieros. Las actuales lámparas incandescentes producen gran cantidad de luz, pero también gran cantidad de calorico: si llegásemos á eliminar esa producción inútil



Nuevo aparato para imitar la ascensión á una montaña

de radiaciones no luminosas y á producir exclusivamente las luminosas, obtendríamos luz á un precio muy módico.

Todos estos problemas serán en su día resueltos: al plantearlos, se ve que todavía queda mucho trabajo para el porvenir.

# INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL TOMO VIII DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

- El año que acaba y el año que comienza, por Emilio Castelar, 3.  
Ungüento de sentido común, por Ricardo Revenga, 6.  
Personas decentes, por Angel Salcedo Ruiz, 12.  
La custodia del Ayuntamiento de Madrid, por F. Giner de los Ríos, 15.  
Noticias varias, 16.  
Submarinos y otras hierbas (boceto marítimo), por Federico Montaldo, 18.  
Lipa y Capotín ó Historia de dos granujas, por Daniel Alzamora, 22.  
El aficionado á la pintura, por A. Danvila Jaldere, 23.  
Excentricidades artísticas, por A. Danvila Jaldere, 26.  
Lipa y Capotín (conclusión), 27.  
Leonor Telles (apuntes para la historia de la separación de Portugal), por G. Reparaz, 30.  
Los lobos sabios, 31.  
Un suicidio legal, por Ricardo Revenga, 34.  
Los venezolanos, por Miguel Tejera, 36.  
Caballero 1.º, por Eduardo de Palacio, 38.  
Los barros cocidos del Museo de Caracas, 40.  
Los relámpagos, 40.  
La etiqueta de la corte española en el siglo XVII, por Julio Monreal, 42.  
El contramaestre, por Cesáreo Fernández Duro, 43.  
La hulla artificial, por José Rodríguez Mourelo, 46.  
Crónica científica. - El microteléfono del ejército alemán, 48.  
El contramaestre (conclusión), 50.  
Las piedras encantadas, por Carlos Quevedo, 54.  
Noticias varias, 56.  
Cuadros y leyendas de la Historia de Francia, por G. Reparaz, 58.  
La pasante, por Ricardo Revenga, 62.  
Botas nuevas, por Eduardo de Palacio, 63.  
Noticias varias, 64.  
Una barba extraordinaria, 64.  
Un petardo en el siglo XVII, por Julio Monreal, 66.  
Bosquejos madrileños. - El café Imperial, por Juan Bermúdez Escamilla, 70.  
Los dos hermanos, por M. A., 70.  
Los pintores nómadas, por A. Danvila Jaldere, 74.  
Los dos hermanos (conclusión), 75.  
Alejandro Dumas (hijo), por Leopoldo Lacour, 78.  
Cantantes, por Eduardo de Palacio, 79.  
Noticias varias, 80.  
La muerte por la electricidad, 80.  
El caballo del diablo, por Antonio de Balbuena, 82.  
Los nuevos presupuestos, por Luis M. de Larra, 83.  
La iglesia de San Millán en Segovia, por F. Giner de los Ríos, 86.  
Noticias varias, 86.  
La ciencia en el teatro, 88.  
El pirando negro, por Carlos Coll, 90.  
Bosquejo de aficionados, por Félix Naquet, 94.  
Noticias varias, 95.  
El laberinto del amor, por F. Moreno Godino, 98.  
Personajes cómicos para hacer un drama realista, por Carlos Frontaura, 93.  
El perro generoso, por Alberto Llanas, 103.  
El edificio de la Universidad en Alcalá de Henares, por F. Giner de los Ríos, 103.  
Las canalizaciones eléctricas en Londres y en París, 104.  
El ramo de boda, por Juan B. Enseñat, 106.  
El edificio de la Universidad en Alcalá de Henares, por F. Giner de los Ríos, 110.  
Un ferrocarril por las montañas pedregosas en el estado de Colorado, 110.  
El instituto Pasteur, 111.  
El final de un gracioso, por Ricardo Revenga, 114.  
Vistas y costumbres de Massuah, por M. A., 118.  
Bosquejos madrileños. El café imperial, por Juan Bermúdez Escamilla, 119.  
Noticias varias, 120.  
Fotografías-caricaturas, 120.  
Zapatero... ¡a tus zapatos!, por Luis Coll, 123.  
El lobo del pueblo, por Carlos Quevedo, 126.  
Cria de gansos en los Estados Unidos, 128.  
Viernes Santo, por Emilio Castelar, 130.  
El lobo del pueblo (conclusión), 134.  
Noticias varias, 134.  
Precitaciones científicas, 136.  
El tupé del señor Lucas, por Pedro de Madrazo, 138.  
El gacillero, por Nicolás Díaz de Benjumea, 142.  
El paraíso, por Agustín González Ruano, 143.  
Don Pedro Velarde, héroe del «Dos de Mayo», por Pedro de Madrazo, 146.  
Exploración de Stanley, por Enrique Stanley, 150.  
El tapón de coreko sobre la botella, 152.  
Quién á hierro mata..., por A. Sánchez Cantos, 154.  
América antes de Colón, por G. Reparaz, 158.  
Tratamiento de la ataxia por la suspensión, empleado por el doctor Mutschkowsky de Odesa, 160.  
Noticias varias, 160.  
De idilio á tragedia, por Juan B. Enseñat, 163.  
¡Vi-va Es-paña!, por Juan Roa, 166.  
Petits voyages, por Eduardo de Palacio, 167.  
Amor y odio, por Juan B. Enseñat, 170.  
El mercurio de los alquimistas, por José Rodríguez Mourelo, 171.  
Un escultor ruso, 175.  
Noticias varias, 176.  
Las islas Samoa ó La colonización germánica, por Emilio Castelar, 178.  
La bondad de D. Jacinto, por Ricardo Revenga, 182.  
Noticias varias, 183.  
Historia de los microscopios. - Los microscopios simples, 183.  
Toros antaño, por Julio Monreal, 186.  
El gran maestro, por A. Chocmeli, 190.  
Historia de los microscopios. - Los microscopios compuestos (continuación), 191.  
La luna de hielo, por Augusto Jerez Perchet, 194.  
¡Fondo!... boceto marítimo, por Federico Montaldo, 198.  
Historia de los microscopios (conclusión), 200.  
La luna de hielo (conclusión), 202.  
Una familia feliz, por Jacinto Escobar, 206.  
La expedición americana á la bahía de Lady Franklin, 208.  
La ciencia en el Circo. - La bola misteriosa, 208.  
San Juan y San Pedro y las verbenas de otros tiempos, por Julio Monreal, 210.  
Un hombre de mar (Boceto marítimo), por Federico Montaldo, 211.  
Mirtilla y sus tres enamorados, por F. Moreno Godino, 214.  
Noticias varias, 216.  
Física experimental, 216.  
Los tres encuentros, por Carlos Quevedo, 218.  
Mirtilla y sus tres enamorados (conclusión), 222.  
Monólogo de una mosca, por Luis Coll, 222.  
Crónica científica. - El gramófono de M. Carlos Sumner Tainter, 224.  
Casa nueva, por Carlos Frontaura, 226.  
El pro y el contra, por N. González Serrano, 230.  
La expedición americana á la bahía de Lady Franklin (conclusión), 232.  
El escapulario de Santa Catalina, por Ricardo Revenga, 234.  
La vispera, por Eduardo de Palacio, 235.  
La Exposición Universal de París, por Z., 238.  
El color blanco, por Carlos Coll, 239.  
Crónica científica. - Fotografía de las chispas eléctricas, 240.  
La coronación de Zorrilla, por T. B., 242.  
El poeta Zorrilla, por Antonio López Muñoz, 243.  
Las fiestas de la coronación de Zorrilla, por Salvador Rueda, 247.  
Novelli, por Ignacio de Genover, 250.  
Un gran escultor español, por Pedro de Madrazo, 254.  
De gustos no hay nada escrito, por Jacinto Escobar, 255.  
Las tradiciones cristianas en el arte y en las costumbres, por Emilio Castelar, 258.  
Ecos de un año célebre, por G. Reparaz, 258.  
Fuentes históricas, por José María Sbarbi, 263.  
Noticias varias, 264.  
Fuego de San Telmo, 264.  
Para dos perdices... uno, por Luis María de Larra, 266.  
Redención, por Carlos Quevedo, 270.  
Cipriana, por Claudio Couturier, 271.  
Bosquejos madrileños. - La fuentecilla, por Juan Bermúdez Escamilla, 271.  
Recreaciones científicas. - Nuevos juegos de equilibrios, 272.  
Redención (conclusión), 274.  
Un pueblo español da cuarenta siglos há, por A. Danvila Jaldere, 275.  
¡Pobre Luisa!, por Carlos Coll, 278.  
Noticias varias, 280.  
Pasatiempos científicos, 280.  
Una carta, por F. Moreno Godino, 282.  
Deficiencias del genio nacional. - Velázquez como pintor mitológico, por Pedro de Madrazo, 286.  
Margarita de Borgoña en una computadora, por Ricardo Revenga, 286.  
Noticias varias, 288.  
Grano de pimienta, por G. Reparaz, 290.  
Bosquejos madrileños. - Mañanas del Retiro por Juan B. Escamilla, 294.  
Una nueva joya en Toledo, por F. Giner de los Ríos, 295.  
Noticias varias, 295.  
La Condesa de Alfusell, por Carlos Quevedo, 298.  
La ley de la naturaleza, por Jacinto Escobar, 302.  
Un profeta moderno, por U. González Serrano, 303.  
Pasatiempos científicos, 304.  
El esqueleto, por Luis M. de Larra, 306.  
Palos y verga. - Boceto marítimo, por Federico Montaldo, 310.  
El crimen de la calle de la Hiedra, por F. Moreno Godino, 310.  
Crónica científica, 312.  
El crimen de la calle de la Hiedra (conclusión), 314.  
El nietecito, por Luis Mariano de Larra, 318.  
Mientras fué hermosa, por F. Fernández y González, 319.  
Noticias varias, 320.  
El pie de las damas, por Julio Monreal, 323.  
Augusto Rodin, notable escultor francés, por Octavio Mirbeau, 325.  
Las mujeres que trabajan, por Jacinto Escobar, 326.  
Tomás Alvera Edisson, por Emilio Durer, 330.  
Esteban Sánchez (el Estiraillo), por Ricardo Revenga, 331.  
Concha, por Juan B. Enseñat, 334.  
Las corridas landesas en París, 336.  
Concha (conclusión), 338.  
La doble vista, por Juan Valero de Tornos, 339.  
De París á Nueva York, por Emilio Goudeau, 342.  
Arquitectura y Escultura. Deficiencias en su enseñanza oficial, por Pedro de Madrazo, 346.  
Tal para cual, por Florencio Moreno Godino, 346.  
De París á Nueva York (conclusión), 350.  
Noticias varias, 352.  
Tal para cual (conclusión), 354.  
La estatuaría y el espíritu cristiano, por Fernando Araujo, 355.  
¡Buena Letra!, por Alberto Llanas, 360.  
Los arrees, 360.  
De la luz y de su significación en las fiestas religiosas civiles, por Emilio Castelar, 362.  
La leyenda del faro de Eddystone, por Manuel Aranda, 362.  
La oración fúnebre de la rosa, por M. Fernando Beissier, 366.  
Sobre el uso de algunos refranes y frases proverbiales, por Julio Monreal, 367.  
Noticias varias, 368.  
Típos científicos, por Ramón Escandón, 370.  
El primer viaje, por Augusto Jerez Perchet, 371.  
La leyenda del faro de Eddystone (continuación), 374.  
Aparato para registrar en el fonógrafo un solo de cornetín, 376.  
La leyenda del faro de Eddystone (conclusión), 378.  
El primer viaje (conclusión), 379.  
Un mártir desconocido, por Luis Coll, 382.  
Crónica científica. - Fuente luminosa para mesa de comedor, 384.  
Noticias varias, 384.  
El vestido de mi hija, por Ricardo Revenga, 386.  
Un mártir desconocido (conclusión), 390.  
Los dioses de ayer y los dioses de hoy, por Ramiro Blanco, 390.  
Las cuatro estaciones, por Juan B. Enseñat, 394.  
Un duelo irregular, por F. Moreno Godino, 398.  
La idea errante, por José Cuenca, 399.  
Aparato para subir escaleras, de M. J. Arlain Amiot, 400.  
Cuentos del Pelek, por A. Fernández Merino, 402.  
La militar, por Juan Valero de Tornos, 406.  
Palcinella, por Federico Rahola, 406.  
Resignación, por J. Alfonso Roca de Togores, 407.  
El Museo Guimet, 408.  
¡Sin corazón!, por F. Moreno Godino, 410.  
¡Fuego al juego!, por Julio Monreal, 414.  
Noticias varias, 415.  
Las golondrinas mensajeras, 416.  
El 4 de agosto de 1808. - ¡Zaragoza! ¡Palafox!, por D. Rafael Nieva, 418.  
Las impresiones de un muerto... vivo (Antozanografía), por D. Víctor Navarro, 419.  
Literatura peligrosa (Artículo correspondencia), por D.ª Francisca Sánchez de Pirreta, 423.  
Noticias varias, 424.  
El palacio de la Alimentación en la Exposición de París. - Los jurados, por T. de W., 426.  
Nihil novum sub sole, por Leandro Ordoñana, 428.  
El club en Londres, por Felipe Daryl, 430.  
El tranvía del Este, por F. Pi y Arsuaga, 431.  
Un metal nuevo, por José Rodríguez Mourelo, 436.  
Estado de la poesía francesa en 1889, por Teodoro de Bauville, 436.  
Una dedicatoria, por Claudio Couturier, 438.  
Los modelos, por Danvila Jaldere, 439.  
La ciencia en el teatro, 440.  
Los pintores de la Natividad del Señor, por Emilio Castelar, 442.  
Los dos caminos, por Eduardo Saco, 443.  
La tierra de María Santísima, por Francisco Fernández González, 447.  
Noticias varias, 448.  
La tierra de María Santísima (conclusión), 447.  
Monstruo hermoso, por Víctor Navarro, 450.  
M. Peguillou, la fuerza de la costumbre, por Ch. Gilberto Martin, 455.  
Juzgar por las apariencias, por Alberto Llanas, 456.  
Noticias varias, 456.  
Evolución de la novela en el siglo XIX, por Gay Maupassant, 458.  
La fuerza de la sangre, por Mariano de Cavia, 462.  
El antiguo arte de dorar, por José Rodríguez Mourelo, 463.  
La ciencia práctica, 464.  
Boabdil en su aljama de Córdoba, por Emilio Castelar, 466.  
Por unas bofetadas, por Carlos Quevedo, 466.  
Los gemelos, por Ricardo Revenga, 470.  
El ferrocarril inclinado del monte Pilatos (Suiza), 472.  
Las tres saetas, por Moreno Godino, 474.  
Los ladrones, por Agustín González Ruano, 475.  
Cambio de frente, por Angel Salcedo Ruiz, 478.  
Daniel Urrabieta Vierge, por M. A., 482.  
La alternativa ¡A los toros! por Julio Vidal, 483.  
Cambio de frente (conclusión), 486.  
Un chasco al diablo, por Rafael M.ª Liern, 487.  
Un chasco al diablo (conclusión), 490.  
La sogá arrastrando, por Antonio de Balbuena, 494.  
Noticias varias, 495.  
El palacio de hielo en París, 496.  
Las botas de mi amigo Ricardo (novela realista), por Rafael de Nieva, 498.  
El cuento, por J. V., 502.  
Balance geográfico de 1889. - El continente negro, 503.  
Un sabio como hay muchos (cuadro de costumbres), por Angel Salcedo, 506.  
Viaje del capitán Trivier por el Africa ecuatorial, por Luis Bauzón, 510.  
Balance geográfico de 1889 (continuación), 512.  
Alejandro Magno y el helenismo asiático, por Emilio Castelar, 514.  
Todo lo puede el amor, por Pedro Talavera, 515.  
Una partida de caza, por C. Miquel, 518.  
Balance geográfico de 1889 (conclusión), 519.  
Pasatiempos científicos, 520.  
La familia de los lapsus, por José María Sbarbi, 522.  
Un cuento de mi niñera, por Rafael M.ª Liern, 526.  
El clown lúgubre, por F. Moreno Godino, 527.  
Aventuras del Peje y de la Sirena, por F. Moreno Godino, 530.  
Un cuento de mi niñera (conclusión), 534.  
Trajes viejos, por Julio Monreal, 534.  
Noticias varias, 536.  
Física sin aparatos, 536.  
El Magnificat de la Virgen, por Emilio Castelar, 538.  
Un libro viejo, por Juan Roa, 539.  
El haz de espliego, por Carlos Edo, 542.  
Conflicto con el Dahomey, 544.  
Noticias varias, 544.  
El añil artificial, por José Rodríguez Mourelo, 546.  
Ser feliz porque... sí, por Ricardo Revenga, 547.  
Una perrada, por F. Teodomiro Moreno, 552.  
Noticias varias, 552.  
Del Congo á los lagos del Nilo, expedición de Stanley, 554.  
El nuevo pigmaleón, por Roberto Robert y López, 570.  
El marco negro, por Luis Alfonso, 571.  
La cuenca del alto Níger, por E. Cotón, 575.  
Tranvía ingenioso, 576.  
Los nervios, por F. Moreno Godino, 578.  
El marco negro (continuación), 582.  
Las mujeres de Rubens, por A. Danvila Jaldere, 583.  
La exposición de Tokio en el Japon, 584.  
El marco negro (conclusión), 586.  
El hombre del violón, por Pedro Talavera, 590.  
Los derivados del petróleo, por José Rodríguez Mourelo, 591.  
La rsmolienda (costumbres chilenas), por Eva Canel, 594.  
El hombre del violón (continuación), 598.  
Obras hidráulicas en San Diego de California, 600.  
Física sin aparatos, 600.  
El hombre del violón (conclusión), 602.  
El agua de la Florida, por N. Hawthorne, traducido por M. Jnderías Bender, 603.  
Las palmas de Gran Canaria en 1885 y hoy, 608.  
El agua de la Florida (conclusión), 610.  
El anillo de Sesostris (cuento entre arábigo y egipcio), por Carlos Edo, 611.  
El contraste espontáneo, por U. González Serrano, 615.  
Las palmas de Gran Canaria (conclusión), 615.  
Los autómatas de Mr. J. Bertrand, por Gastón Tissandier, 616.  
Física sin aparatos, 616.  
Los deseos de Casiano, por Juan Roa, 618.  
La música instrumental y los tres reinos de la naturaleza, por José M.ª Sbarbi, 622.  
La cuestión de las misiones y el tratado de Montevideo, por Jorge Guilaine, 622.  
Salón de París de 1880. Los pintores extranjeros en el Palacio de la Industria, 623.  
La longevidad humana. Los centenarios, 624.  
Los deseos de Casiano (conclusión), 626.  
Dos ocasos, por Salvador Cabeza León, 627.  
Belleza postiza, por Julio Monreal, 630.  
Máquina para calcular, de M. León Bollée, 632.  
La ceniza en la frente, por Agustín González Ruano, 634.  
Lo que no dijeron los periódicos, por José Torres Reina, 635.  
Las muñecas fonográficas de Edisson, 639.  
Singularidades de grandes hombres, 639.  
Torpedo automóvil Howel, 640.  
Juan Guillermo Moor (Perfiles peruanos), por doña Eva Canel, 642.  
Los amantes de la Plaza de la Cebada, por Laureano Ordoñana, 646.  
Nuevo sistema de navegación aérea, 648.  
Nuevo aparato para imitar la ascensión á una montaña, 648.

# INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO VIII DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

- Una Madona, dibujo de Carlos Frosch, copia del cuadro presentado en la Exposición de Munich, 1. Estudio a la pluma, 2. Goldoni en la plaza de San Marcos de Venecia estudiando tipos característicos para sus comedias, cuadro de Jaime Fabretto (presentado en la Exposición de Munich), 3. Estudios al aire libre en el lago Franenchiem, fotografía directa por Hermann Koch, 3. Escalera del Teatro Imperial de Viena, dibujo original de B. Mandlich, 4. Dos amigos, dibujo de J. Llovera, grabado por Sadurní (Exposición París), 5. Dibujo a la pluma, de Galofre, 6. Un naufrago, dibujo de Greiffenhagen, 6. Idilio de la Tebaida, cuadro de Gentz, 7. En el jardín del Hospicio, cuadro de C. Frithjoff, Smith, 7. Mater Dolorosa, escultura en Bronce, de Agustín Querol, grabada por R. Boug, 8. El herido, notable dibujo a la pluma, de A. Fabrès, 9. Apuntes del natural, dibujo a la pluma, de B. Galofre, 10. El trabajo, estudio para una figura decorativa, por Pellicer, 11. Iglesia de Vallfogona, de Riucorp, en cuyo pórtico está encerrado el célebre rector, apunte del natural, por Pellicer, 11. Una ninfa, cuadro de Guillermo Balluer, 12. Un comercio, boceto de Federico Bezin, 12. Dédalo e Icaro, grupo en yeso, de M. Lock, 13. El emperador Guillermo y su escolta en las últimas maniobras alemanas (tipos y detalles del reputado dibujante C. Speyer), 14 y 15. Bajo relieve ofrecido a la señora doña Emilia Pardo Bazán, por D. Lázaro Galdeano, y ejecutado por el escultor señor Tasso, 16. El tonel volteante de la Exposición de Bruselas, 16. Un negocio importante, cuadro de Brozik, grabado por Baude, 17. La torre Eiffel y los monumentos más elevados del mundo, 19. Obras de Gustavo Eiffel. - Viaducto de Garabit. - Base de la torre Eiffel, 19. Sala de armas, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo, 20. El paseo de la Consulesa, cuadro de J. M. Bredt, 20. El Jardín de los recuerdos, cuadro de Davidson Knoles, 21. En la ventana, cuadro de Domingo Morelli, 23. Puente metálico en construcción en el golfo de Fosth (Escocia), dos grabados, 24. El continuador de la raza, cuadro de Atilio Simonetti, 25. En la escalera, acuarela de L. Alma Tadema, existente en el Museo de Kensington, 27. Perros guardianes, cuadro de C. D. Martini, grabado por Mancastropa, 28. En Venecia, cuadro de Luke Fildes, grabado por Bong, 29. Modernos edificios de Leipzig, 4 grabados, 30 y 31. Ejercicios de lobos sabios en el Circo de invierno de París, 32. Compañerismo, cuadro de Román Navarro, 33. Pesca en la playa de Doggerbank, cuadro de Clarke Hook, 35. La pesca de arenques, cuadro de Clarke Hook, 36. Patos marinos, cuadro de Clarke Hook, 36. El baño de los deshollinadores, cuadro de James Clarke, 37. Varando el bote, cuadro de Clarke Hook, 37. Copistas en el Louvre de París, dibujo de Dudley Hardy, 39. Los barro cocidos del Museo de Caracas (Venezuela), 3 figs., 40. Los relámpagos (su reproducción fotográfica), 2 figuras, 40. Estudio, reproducción directa del dibujo de Laureano Barran, 41. Janua Celi, dibujo de Domingo Morelli, 43. El buque a la vista, cuadro de Giuliano, 44. El cardenal Lavigerie, arzobispo de Cartago, primado de Africa, 45. Apunte de D. B. Galofre, 46. Apunte de D. B. Galofre, 47. Una visita, cuadro de J. Gisela, 48. Crónica científica. - El microteléfono del ejército alemán, 3 figs., 48. Inauguración del monumento a Clavé en Barcelona. - Carro alegórico con que terminaba la procesión cívica (reproducción fotográfica), 49. Composición y dibujo de Salvatore de Gregorio, 51. Composiciones y dibujos de Salvatore de Gregorio, 52. Muchacha de Chioggia, estudio de Moisés Bianchi de Monza, 53. La triple alianza, cuadro de A. Bakheu Korff, 53. El abuelo, cabeza de estudio, de Haki, 55. El monumento a Clavé, proyecto de D. José Vilaseca, 56. Exposición Universal de Barcelona. - Medalla de premio. Proyecto aprobado del escultor Eusebio Arnau, 56. Una mujer a la moda, cuadro de A. Simonetti, 57. Quien escucha, su mal oye, cuadro de C. Sartou, 59. ¡Dad, ahora, todos gracias a Dios! Coral entonado después de la batalla de Leuthen (de un dibujo del fresco, pintado por Arturo Kampf), 60. El testamento, cuadro de L. Bokelmann, 61. Objetos de cerámica y vidrio del Museo Británico, siete grabados, 62 y 63. ¡Recuerdos!, cuadro de Enrique Rasch, 64. Una barba extraordinaria, dos grabados, 64. Retratos del príncipe Rodolfo de Austria, de su esposa e hijas y del archiduque Carlos Luis, 65. Amores campestres, cuadro de F. Zonaro, 67. Los vigías, cuadro de E. Renouf, grabado por Baude, 68. Tipos y vistas de Suakin (copia de una fotografía), 69. Saliendo del bosque, cuadro de A. Moore, 70. Estudio del natural, dibujo de A. Fabrès, 71. D. Isaac Peral, inventor del barco submarino que lleva su nombre, 72. Vista exterior del submarino Peral (reproducción fotográfica), 72. Sin máscara, cuadro de Fortunski, 73. En la campaña de Roma, cuadro de A. Braith, 76. Una consulta, cuadro de F. Mestres (Exposición París), 77. La quinta de Alejandro Dumas en Puys, cinco grabados, 78 y 79. Un coloquio, cuadro de Mauricio Leloir, 80. La muerte por la electricidad, 80. Concurso de bellezas en Turin, según fotografías de Mr. Schemboche, 81. Primavera, cuadro de Estefanía de Strechine, 84. Entrada en Nuremberg del señor Feudal Haus Schuttensamen, ahorcado en 1472, copia del celebrado cuadro de H. Weigand, 84. Un percarce, dibujo original de Méndez Bringas, 85. Recelo, dibujo de Stanley Berkeley, 87. ¡Sálvese el que pueda!, dibujo de Stanley Berkeley, 87. En el restaurant, dibujo tomado del natural por R. Taylor, 88. La ciencia en el teatro. - Un combate naval en miniatura, tres grabados, 88. ¡Vuestro padre no viene!, cuadro de L. de Ríos, 89. Ricardo Pigott, 90. La poetisa Beatriz di Piau degli Ontani, 91. El suplicio de Tántalo, copia directa de un dibujo de L. Bokelmann, 91. ¡Adelante!, cuadro de Yaroslao Vesin, 92. Estudio del Talmud, copia fotográfica del cuadro de S. Hirszenberg, 93. Bosquejo de aficionado, 94. Bosquejo de aficionado, dibujo de Jeannot, 95. El Archiduque Francisco Fernando de Austria, presunto sucesor de la corona de Austria, 97. Ataque a la propiedad ajena, cuadro de H. Biedermand Arendts, 96. Madona, cuadro de Carlos Dolce, existente en la galería Cossini, Roma (grabado por M. Weber), 97. Soldados alemanes de caballería junto a una fuente (del álbum croquis de T. Rocholl), 99. El retrato del sargento, facsimil de un agua fuerte de Mongolia, cuadro de Meissonier, 99. La puesta del sol, cuadro de H. Prell, 100. Rebaños en el torrente, cuadro de F. Voltz, 101. Pescadora gallega, apunte de B. Galofre, 102. Lo que no hay en el pueblo, apunte de B. Galofre, 103. Zenora Pastrana, mujer barbuda (de una fotografía), 104. Las canalizaciones eléctricas en Londres y en París, dos grabados, 104. Uriel Acosta y Baruch Spinoza, cuadro de S. Hirszenberg, 105. Centro de mesa y copa artística (exhibidos en la Exposición de Bellas Artes de Munich), 107. En un teatro popular de Nápoles, dibujo de E. Linuier, 108. Abandonando el país, cuadro de Frank Holl, 109. Arabes jugando al chaquete, cuadro de L. Carlos Müller, 109. Un ferrocarril por las montañas pedregosas, en el estado de Colorado (Estados Unidos), tres grabados, 111. Antigüedades mejicanas en la próxima Exposición de París, dos grabados, 111. Monumento dedicado a Victor Manuel en Bolonia, por G. Monteverde, 112. El instituto Pasteur, dos grabados, 112. ¡Feliz!, cuadro de H. Vogler, 113. D. Toribio Durán, fundador del asilo que lleva su nombre, 115. Fachada principal del Asilo Durán. Proyecto de José Pellicer, 115. Bacanal, cuadro de Giovanni Muzzioli, 116. A la sombra, cuadro de M. Mesle, 117. Vistas y costumbres de Massuah, 6 grabados, 118, 119 y 120. Fotografías-caricaturas, 120. Galicia. Regreso del monte, dibujo de B. Galofre, 121. La ninfa Klystia, estatua-candelabro destinada al teatro de la Corte de Viena, modelada por Juan Benky, 121. ¡Ya es viejo Pedro para cabrero!, cuadro de Hermann Kaulbach, 124. El primer paso en el mundo, cuadro de E. L. Garrido, 125. La emboscada. - Teodoro y Tiherry, cuadro de J. P. Laurens, 126. Excomunión de Roberto el Piadoso, cuadro de J. P. Laurens, 126. Repudio de Berta, mujer de Roberto el Piadoso, cuadro de J. P. Laurens, 127. Alejandro I, rey de Servia (de una fotografía), 128. Juan Ristilich, regente del reino (de una fotografía), 128. Cria de gansos en los Estados Unidos, 128. La Virgen, cuadro de Sassoferrato, existente en la galería de los Uffizi en Florencia, 129. El ángel del juicio final, bajo relieve de Juan Barta, 131. Vistana circular de la Magdlena, en Rouen, 131. Adoración de la Cruz, cuadro de Domingo Morelli, 132. Jesucristo y la mujer adúltera, cuadro de J. Echeña. Presentado en la Exposición Universal de Barcelona, 133. Las tres cruces, facsimil de un agua fuerte de Rembrandt, 134. Jesucristo muerto, cuadro de J. J. Henner, 134. La paz, cuadro de Gabriel Max, 135. La toma de posesión del nuevo presidente de los Estados Unidos, 136. Recreaciones científicas. - El juego del bobechón, 136. Pierre, cuadro de R. de Madrazo, 137. Monumento que la ciudad de Hanan dedica a los hermanos Grimm. Proyecto de Max Viese, premiado en concurso, 139. Los hermanos Jacobo Luis y Guillermo Carlos Grimm, 139. Cuidados maternales, cuadro de F. Wagner, 140. Un valentón rifeño, dibujo de A. Fabrès, 141. Excavaciones practicadas en Hawara (Egipto), Antiguos retratos griegos, tres grabados, 142 y 143. Puente colgante sobre el Niágara, destruido por el huracán el 9 de enero del presente año (de una fotografía), 144. Mes de Mayo, copia de un cuadro de J. Llovera, grabado por Sadurní, 145. Fantasia, cuadro de Fernando Brylla, 147. Un casamiento a principios de este siglo, cuadro de F. Peralta, 148. Maria, reina de Escocia, copia del celebrado cuadro que posee el colegio Blair de Aberdeen, 149. ¡Cogido!, copia de una acuarela de Frank Dad, 151. Itinerario de la exploración de Stanley, 151. Las tropas inglesas en Egipto agrupadas en torno de las Pirámides, 152. El tapón de corcho sobre la botella, 152. ¡Todo acabó entre los dos!, cuadro de Juana Rougier, 153. Mendigos a la puerta de una casa (1608), facsimil de un agua fuerte de Rembrandt, 155. Término del viaje, grabado tomado de la obra inglesa *Coaching Days Coaching Ways*, 155. Una familia de gitanos, cuadro de Pablo Bohun, 156. Visita a la joven madre, cuadro de Munkacsy, 157. M. Chevreul, 158. Monumento en honor del filósofo italiano Giordano Bruno, en Roma, modelado por E. Ferrari, 159. Tratamiento de la ataxia por la suspensión, en la Salpêtrière (del natural), 160. Coche velocípedo, llamado *Sultán*, de la fábrica Dumstrey y Yungek, de Berlín, 160. Don Manuel Angelón y Roquetas, abogado, literato y director de LA ILUSTRACION ARTISTICA, 161. Primavera de la vida, cuadro de Noé Bordignon, 163. Arte y amor, cuadro de R. Potgelberger, 164. De vuelta del baile, cuadro de Gabriel Schachinger, 164. Maternidad, cuadro de Eugenio Carrere, 165. A la vejez viruelas, cuadro de J. Kaufmann, 165. Maria Magdalena, pintura de Rafael Sanzio, 167. La misión católica en Pugu, en el territorio alemán del Africa oriental, 167. El ascensor Otis en la torre Eiffel de la Exposición Universal de París, 168. Vista de la torre Eiffel tomada desde el Point du Jour, a tres kilómetros de distancia, 168. Recogimiento, cuadro de Gustavo Courtois, grabado por Baude, 169. ¡Animos!, cuadro de H. Bewer, 171. Sueño de brujas, cuadro de Alberto Keller, 172. Sansón y Dalila, cuadro de J. Echeña, 173. Obras del célebre escultor Mark Matveitch Antolsky, cinco grabados, 174 y 175. País de abanico, pintado por Baldomero Galofre, grabado de Sadurní, 176. Recreaciones científicas. - Confección de instrumentos de música, dos grabados, 176. El Domingo de Ramos en Venecia, fragmento de un cuadro de José Villegas, 177. Recuerdos de Interlaken, dibujo de J. M. Marqués, 179. La muerte de Galileo, cuadro de Nicolás Barabino, 180. ¿Qué habrá sido de él?, cuadro de Francisco Holl, 181. Distribución de premios en el Asilo de niños de Valencia, cuadro de José Benlliure y Gil, 181. Artistas dramáticas alemanas, cuatro retratos, 183. La rendición de Bailén, cuadro de Casado (dibujo a la pluma de G. Eriz); 184. Historia de los microscopios. - Microscopios simples, cinco grabados, 184. El bufón enamorado, cuadro de Herman Kaulbach, 185. ¡Sub hasta! (Venta de esclavos germanos), cuadro de R. Cogghe, 187. Restaurant al aire libre en Lahore (India inglesa), cuadro de E. L. Weeks, 188. Un bautizo en España a fines del siglo pasado, cuadro de M. Tejedor, 188. Juana Rougier, autora del cuadro. Ingreso en el convento, 191. Venus y Amor, grupo escultórico de C. de Uuechtritz, existente en el palacio imperial de Berlín, 191. Estudio del cuadro Ingreso en el convento, de Juana Rougier, 191. Sermón en el patio de la catedral de Sevilla, cuadro de Jiménez Aranda, 192. Historia de los microscopios. Los microscopios compuestos, 4 grabados, 192. Dos viejos amigos, cuadro de Jiménez Aranda, 193. Ultimos momentos de Erasmo, cuadro de A. van Trigt, 195. La alegría y el reposo, friso pintado por Klein Chevalier, 195. El Rhin y el Dussel saludando el Arte, friso pintado por Klein Chevalier, 195. Preso, cuadro de C. Praue Hemingsen, 196. En la playa, cuadro de E. Meiffren, 196. Yum, Yum, cuadro de Conrado Kiesel, 197. La visita en el harem, cuadro de F. M. Bret, 198. Madona, cuadro de W. Bouguereau, 199. Camino de la feria, dibujo de Baldomero Galofre, 200. Historia de los microscopios, 3 grabados, 200. Divagación, cuadro al pastel, de Andrés Petroni, 201. Fuente adosada a la pared, existente en el palacio imperial de Berlín, grupo escultórico de C. Uuechtritz, 202. Salida de la escuadra para el Norte, cuadro de Walter Langley, 203. La diadema, cuadro de León y Escosura, 203. ¡Adelante!, cuadro de Pablo Gollerón, 204. En clase, cuadro de Geoffroy, 205. La llaurora, dibujo a la pluma de J. Zapater, reproducción fotográfica, 207. Alrededores de Amsterdam, cuadro de J. M. Marqués, 208. La ciencia en el circo. La bola misteriosa, dos grabados, 208. El baño, cuadro de Mme. Demont-Bretón, grabado por Baude, 209. Enrique Serra, 210. Ovidio en el destierro, estatua de Héctor Ferrari, 211. Danza oriental, cuadro de Enrique Serra, grabado por M. Weber, 212. La estrella del pastor, cuadro de Julio Bretón, 213. La salvación del Capitolio, cuadro de Enrique Motte, 215. La confidencia de la amiga, cuadro de E. Scheweninger, 216. Física experimental, grabado, 216. Odalisca, cuadro de F. Masiera, adquirido por S. M. el rey de Portugal, 217. ¡Eh de la barca!, cuadro de R. Kulght, reproducido directamente del original, 219. Hilos de la Virgen, cuadro de M. Hipólito Lucas, grabado por Baude, 220. La ola, cuadro de Mme. Demont-Bretón, grabado por Baude, 221. Estudio, de Federico Hiddemann, 222. Elena, cuadro de E. de Blas, grabado por Bong, 223. Un duelo a espada y daga, cuadro de Juan Petrie, 224. El grafófono, 2 grabados, 224. Baile flamenco, cuadro de F. Masó, 225. Marina, Amberes, cuadro de J. M. Marqués, 227. Marina (Dordrecht, Holanda), cuadro de J. M. Marqués, 227. Un buen partido, cuadro de Tihamer Margitay, 228. Tulia pasando por encima del cadáver de su padre, cuadro de E. Hildebrandt, 229. ¡Encalló!, cuadro de Ad. Lins, 221. Don Luis Castells y Sivilla, 232. Casa de España, edificio destinado a la legación española en Buenos Aires, costado por don Luis Castells y Sivilla, 232.

- Amor sagrado y amor profano, cuadro de Salomón J. Salomón, 233.
- Paisaje de invierno en Rusia, cuadro de Julio Kleber, 235.
- Córdoba. - Puerta exterior de la Mezquita, copia de una fotografía de José Osés, 236.
- Córdoba. - La Virgen de los faroles y la torre de la catedral, vista tomada desde la puerta del Perdón, copia de una fotografía de J. Osés, 237.
- Notas cosmopolitas de la Exposición de París, apuntes de Mars y Job, 238 y 239.
- Siesta en la playa, cuadro de E. Ducker, 240.
- Crónica científica. Fotografía de las chispas eléctricas, 2 grabados, 240.
- D. José Zorrilla, copia de una fotografía, por P. Ros, 241.
- D. Luis Seco de Lucena, 242.
- El conde de las Infantas, 242.
- D. Antonio López Muñoz, 242.
- La prisión de Boabdil, boceto de Isidoro Martín, 243.
- Recibimiento de Zorrilla, dibujo del natural, de D. Emilio Millán Ferriz, 243.
- El Carmen de los Mártires, dibujo y composición de D. Emilio Millán Ferriz, 244.
- Alegoría, dibujo a la pluma, de A. Riquer, 245.
- Vista general de la Alhambra, fotografía, por don José García Ayola, 245.
- El acto de la coronación, dibujo del señor Vázquez, 248.
- Medalla conmemorativa, 248.
- Corona ofrecida al poeta Zorrilla, 248.
- El desfile de los gremios, dibujo del natural por Emilio Millán Ferriz, 248.
- A. E. Novelli, el «Nerón», dibujo a la pluma del señor Pellicer, 248.
- El amante sorprendido, cuadro de A. Cecchi, 250.
- Juego de pelota, cuadro de F. Dvorah, grabado por Bong, 252.
- Playa en el Cantábrico, cuadro de Meifrén, 256.
- El palacio de Carlos V, fotografía, por don José García Ayola, 255.
- El angelus, cuadro de J. F. Millet, 256.
- Paisaje, cuadro de Roig y Bohil, 256.
- En la duna durante el verano, cuadro de M. Erragures, grabado por Baude, 257.
- La forrajera, cuadro de M. Julián Dufre, 260.
- Preparativos para la gallina ciega, cuadro de Augusto Truphem, 261.
- Valenciano, dibujo a la pluma, de don Juan J. Zapater, 262.
- Tipo de la Edad Media, dibujo a la pluma, de don Juan J. Zapater, 262.
- Tipo romano, dibujo a la pluma, de don Juan J. Zapater, 263.
- Cabeza de estudio, dibujo a la pluma, de don Juan J. Zapater, 263.
- El metropolitano Miguel de Serbia, 264.
- Fuego de San Telmo, dos grabados, 264.
- Aldeanos de Bretaña en la romería, cuadro de Dagan-Bouberet, 265.
- Recuerdo de Berna, dibujo de J. M. Marqués, 267.
- Oficiales de Napoleón I, obsequiados por las damas de la aristocracia italiana, cuadro de L. Alvarez, 268.
- En la feria, cuadro de Baldomero Galofre, 269.
- La rubia Cipriana, 271.
- La casita de Mendón, 271.
- Estudio para el cuadro «El trabajo», de Arnaldo Ferraguti, 272.
- Recreaciones científicas. - Nuevos juegos de equilibrio, 2 grabados, 272.
- Perseguido, cuadro de Augusto Dieffenbacher, 273.
- Estudio para el cuadro «El trabajo», de Arnaldo Ferraguti, 275.
- Conducción de la reducción de la estatua La Libertad iluminando al mundo, regalado por los norteamericanos a Francia, 275.
- Castaño colosal de la isla de Madera, detalle del tronco, 275.
- Escena campestre, cuadro de M. Deban-Potsan, 276.
- Un grabador, retrato de M. F. Rops, cuadro de M. Mothey, 277.
- Cabeza de estudio, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo, 279.
- Guillermo de Oncken, director de la Historia Universal, 280.
- Modo de hacer bailar una copa como si fuera un títore, 280.
- Pasatiempos científicos. - Naranja cortada, 2 grabados, 280.
- El santo de mamá, cuadro al pastel, de Arnaldo Ferraguti, 281.
- Pelea de chiquillos, cuadro de Jorge Jacobides, 284.
- Recuerdo poético de Roma, dibujo de A. Fabrés, 285.
- Cabeza de estudio, cuadro de M. Fischer, 287.
- Casa de Osmán Digma en Suakin, 288.
- Vista de Suakin desde el dique, 288.
- ¡Cucú!, cuadro de Juan van Beers, 289.
- En marcha para el mercado, dibujo de Baldomero Galofre, 291.
- Retrato de Rembrandt y su mujer, pintado por él mismo, 292.
- ¡Buena presa!, cuadro de F. Dvorak, 293.
- Regreso de la jira, dibujo de J. Engelhart, 295.
- El rey Dinah Salifón, la reina Peulis y su hijo, de una fotografía, 296.
- La fotografía aplicada al estudio de la chispa eléctrica, 4 grabados, 296.
- El primer dolor, cuadro de Otho Singuer, 297.
- Croquis para The Silent Highway, por Guillermo Lión Willie, 299.
- San Antonio de Padua, cuadro de L. Potiglioni, 300.
- La mañana, cuadro de Rafael Collín, 301.
- La Sibila de Delfos, fresco de Miguel Angel, 303.
- Tulia, busto de Agustín Querol, 303.
- Sagunto, grupo escultórico de Agustín Querol, 304.
- Pasatiempos científicos. - Transformación de un naipe, 304.
- En el baño, cuadro de Bartolomé Giuliano, 305.
- Vista general del monumento nacional erigido en Worth-Froschweiler a la memoria de los bávaros muertos en la guerra de 1870 a 1871, 306.
- Grupo principal del monumento nacional inaugurado el día 6 de agosto en Worth-Froschweiler, 307.
- Carreras olímpicas, cuadro de José Sciuti, 308.
- El collar de la miseria, cuadro de M. Geoffroy, 309.
- Lucha por la existencia, dibujo de A. Zica, 311.
- Primer encuentro de Schiller y Goethe en 1779, copia fotográfica del cuadro al vivo, dirigida por G. Granpp, 312.
- Aerostato dirigido por M. C. Campbell, elevado en Brooklin (Estados Unidos), 312.
- Cristián Pablo van Berrsteyn, retrato de Rembrandt, 313.
- En la casa mortuoria, cuadro de Walter Firlé, 315.
- En los arenales de Jona, cuadro de J. Clarke Hook, 315.
- Dama de la época del Directorio, cuadro de Francisco Masriera, 316.
- La niña Urea, cuadro de Bonguereau, 317.
- Los funerales de Británico, cuadro de Juan Mazzioli, 319.
- Nicolás Alexandrowitch, gran duque heredero de Rusia, 320.
- General Bartolomé Mitre, 321.
- Encuadernación en plata dorada del Libro de oraciones, dibujo de la señorita V. M. Herwegen, 323.
- Decamerón, cuadro de Cassioli, 324.
- Entrada de primavera, cuadro de Roberto Russ, 324.
- Ciudadano de Calais, fragmento del grupo de A. Rodin, 325.
- Fragmento de la puerta del palacio de Artés Decorativas, esculpida por A. Rodin, 325.
- El beso, grupo escultórico de A. Rodin, 326.
- Busto de M. Juan P. Laurens, por A. Rodin, 326.
- Busto de M. Dalón, por A. Rodin, 326.
- Ciudadano de Calais, fragmento del grupo de A. Rodin, 327.
- Busto de M. Legros, por A. Rodin, 327.
- La edad de piedra, cuadro de Cormón, 328.
- Tomás Alava Edison, célebre electricista norteamericano, 329.
- El laboratorio de Edison para los experimentos fonéticos, en Menlo-Park, 330.
- Biblioteca de Edison en Menlo-Park, 331.
- El fotógrafo de Edison, 331.
- Felicitación del príncipe heredero, cuadro de Juan Lulvés, 332.
- La pequeña lectora, cuadro de Ernesto José Laurens, 333.
- La pipa del abuelo, cuadro de G. Jakovides, 335.
- Las corridas landesas en París, 3 grabados, 336.
- Las dos coquetas, cuadro de E. Lancerotto, 337.
- El minué, cuadro de Luis Jiménez, 340.
- Los fumadores, cuadro de C. Hartmann, 341.
- «Eia popaia», cuadro de Geza Peske, 341.
- De París a Nueva York, 10 grabados, 342, 343 y 344.
- Hospital-Asilo español de Montevideo, costeado por la colonia española, 345.
- Cabeza de estudio, cuadro de Camilo Stuchlik, 347.
- Un veterano del trabajo, dibujo de A. Fabrés, 349.
- De París a Nueva York, 10 grabados, 350, 351 y 352.
- A la sombra de la cruz, cuadro de Severo Altamira, 353.
- Regreso de la feria, dibujo de Baldomero Galofre, 355.
- El triunfo de la República, obra del escultor Dalou, 356.
- Pescadora de cangrejos, cuadro de Caffieri, 357.
- Cuartel general de la expedición alemana de Wismann al Este de Africa, 359.
- Vol d'Alba (costumbres catalanas), cuadro de Francisco Torrescassana, 359.
- Guillermo Wilkie Collins, célebre novelista inglés, 360.
- Los aéreos, 2 grabados, 360.
- La música, cuadro de Gile, 361.
- Marina (Amsterdam), cuadro de J. M. Marqués, 363.
- Cuento gracioso, cuadro de Canuto Ekwall, 364.
- Bodas del duque de Frias celebradas en Burgos en 1805, cuadro de L. Alvarez, 365.
- La oración fúnebre de la rosa, dibujos de las señoras A. y M. Pariset, 4 grabados, 366 y 367.
- Antes del ensayo, cuadro de Federico Felir, 368.
- El ferrocarril resbaladizo de la Explanada de los Inválidos, 2 grabados, 368.
- El ciego y su hija, grupo escultórico de Jef Lambeaux, 369.
- El regreso, cuadro de Enrique Bource, 371.
- Triste noticia, cuadro de Pinfold, 372.
- Instrucción religiosa en Marruecos, cuadro de Hirsch, 373.
- La ocasión hace al ladrón, dibujo de H. Lefler, 375.
- Objetos de arte en la Exposición Universal, 3 grabados, 376.
- Aparato para registrar en el fonógrafo un solo de cornetín, 376.
- Arabe de la calle del Cairo, copia de una acuarela tomada del natural, de Vicente Volfe, 377.
- Busto de bronce: Estudio para el grupo Sagunto, de D. Agustín Querol, 380.
- La lección de escritura, copia del cuadro de Enrique Pastelini, 380.
- Un idilio en la Arcadia, cuadro de C. Wunnenberg, 381.
- Cocheros de plaza, dibujo a la pluma de G. de Ankerone, 382.
- Mi retrato, copia del cuadro de Carlos Verlat. - Vista de Jerusalén, 382.
- El oso polar «Lillimore», cachorro del Jardín Zoológico de Londres, 383.
- Cabeza de estudio, copia del cuadro de E. Harburger, 383.
- Crónica científica. - Fuente luminosa para una mesa de comedor, de M. Gastón Meunier, 2 grabados, 384.
- El puente sobre el Canal de la Mancha, 3 grabados, 384.
- Pirretine, cuadro de Olairin, 385.
- El duque Wellington, grupo escultórico de J. E. Boehl, 387.
- Limpieza de armamento, cuadro de Pablo Hoehner, 388.
- Tigre con su presa, notable dibujo de Ricardo Friese, 389.
- El genio de las artes, estatua de Adolfo Cencetti, 390.
- Partida de campo aguada, cuadro de H. Hotschenteiter, 390.
- Desde la muralla, cuadro de Meifrén, 391.
- Jarrones de la Exposición Universal de París, 3 grabados, 392.
- La despedida, cuadro de Juana Bauck, 393.
- La fiesta mayor del Albiol, cuadro de Galofre-Oller, 395.
- El vino nuevo, de una fotografía publicada por E. Schroder, 396.
- Reconvencción cariñosa, cuadro de F. Morgán, 396.
- Entre flores, cuadro de Roberto Beyschlag, 397.
- La estatua de J. B. Dumas, en Alais (Gard), obra del escultor M. Pech, 399.
- Mensajero de amor, cuadro de H. Fechner, 399.
- Las exploraciones en Cabo Juby, costa Noroeste de Africa, 400.
- Aparato para subir escaleras, de M. J. Alain Amiot, 400.
- A falta de almas..., figura de bronce de Augusto Sommer, 401.
- ¡Sin comer!, cuadro de Otón Piltz, 403.
- Regreso de la fiesta, cuadro de Nicolás Cannicci, 404.
1789. - Aldeanos sublevados, cuadro de Pablo Swendomsky, 405.
- Estatua ecuestre en bronce dorado del emperador Guillermo I en el interior de la cúpula del monumento que en su honor debe erigirse en Berlín, 407.
- Cúpula y pórticos del monumento en honor del emperador Guillermo I, 407.
- Busto de M. Butterfield, esculpido en mármol por D. Agustín Querol, 408.
- El Museo Guimet. Modo de encorvar un tubo de cristal, 408.
- ¡Muramos por nuestro rey María Teresa!, cuadro de Laslett y Pot, 409.
- Orillas del río Lerez, estudio al carbón por Galofre, 411.
- Viaje alegre, cuadro de Alfredo Hobalski-Wierusz, 412.
- Segadoras, cuadro de Alfredo Scifer, 413.
- Aves de rapaña, cuadro de Félix Eybel, 414.
- La fiesta de San Bartolomé en Sitjes, cuadro de Felipe Masó, 415.
- En las lagunas, cuadro de Meifrén, 416.
- La vendimia, jarrón fabricado por Mrs. Minton y Comp., 416.
- Antonio Rubinstein, copia de una fotografía, 417.
- De sobremesa, cuadro de Girardet, grabado por Bong, 419.
- San Francisco de Paula, dibujo de José María Marqués, reproducido fotográficamente, 420.
- Regreso al convento, cuadro de Eduardo Zamacois, 421.
- Día de fiesta, cuadro de J. F. Eugel, 423.
- La tentación de San Antonio, cuadro de Pedro Saenz, grabado por Sadurní, 424.
- La manzanilla, cuadro de Francisco Masriera, grabado por Bong, 425.
- Mendigo, dibujo de A. Fabrés, 429.
- Invierno. - Primavera. - Otoño. - Verano, dibujos de F. Urgellés de Tovar, 432 y 433.
- La compañía del coronel Cody (Buffalo Bill), 435.
- La fuente de la torre Eiffel, 440.
- El sueño de la noche de Reyes, cuadro de Adriano Marie, 441.
- Santa Isabel, reina de Hungría, cuando niña, cuadro del célebre pintor Gabriel Max, 443.
- Enrique Stanley, célebre explorador del Africa central y fundador del Estado libre del Congo, 444.
- Emin-basá en campaña. - Copia de una fotografía hecha en Khartum, 445.
- Federico III, rey de Dinamarca. - Retrato de Sustermans, grabado por Baude, 449.
- En las lagunas, cuadro de Francisco Rubens, 451.
- La cabra nodriza, cuadro de Nicolás Cannicci, grabado por Centenari, 452.
- Croquis tomados en las provincias septentrionales del Brasil, por J. Steains, 453.
- Monumento erigido en Dusseldorf a la memoria de Enrique Heine, 456.
- Volkera Nicola Knorr, celebrado retrato de Rembrandt, grabado por Baude, 457.
- Los hijos del emperador de Alemania, cuadro de Guillermo Pape, 459.
- ¡A tu salud, papá!, cuadro de A. Schroder, grabado por Bong, 460.
- Exposición pública de un cuadro, reproducción fotográfica del cuadro de Ferrer y Miró, grabado por Sadurní, 461.
- La gloria, pintura decorativa de Ignacio Pericci, existente en el palacio del Quirinal en Roma, 462.
- El genio, pintura decorativa de Ignacio Pericci, existente en el palacio del Quirinal en Roma, 463.
- ¡Ejecutado!, cuadro de Rodolfo de Ottenfeld, 465.
- ¡Al fin!, acuarela de G. Muzzioli, grabada por E. Mancastrola, 467.
- Miguel Angel junto al cadáver de Victoria Colonna, cuadro de Francisco Jacovacci, 468.
- El tirador de cuchillos, copia fotográfica del cuadro de A. Lonza, 469.
- En el patio de la Alhambra, cuadro de A. Fabrés, 471.
- Kadra Safa, cuadro de Federico Stahl, 471.
- La emperatriz Teresa del Brasil, en 28 de diciembre de 1890, 472.
- Alfonso XIII, copia de una fotografía de F. Debas, 473.
- Danza de las espadas en Montenegro, cuadro de P. Joanovich, 475.
- Genio y figura..., cuadro de Pietro Salvini, 476.
- Los niños y el cordero, cuadro de Pedro Pablo Rubens, grabado por Weber, 477.
- Retrato de Mlle. T. Schwartz, hecho por ella misma, 478.
- Por turno, cuadro de M. Lambert, 478.
- Devoción, cuadro de Vallander, 479.
- El laboratorio municipal de París, cuadro de F. Guedry, 479.
- El submarino a flote, 480.
- El submarino sumergiéndose, 480.
- Retrato de Daniel Urrabieta Vierge, dibujado por Paul Renouard, 481.
- Facsimile de Daniel Urrabieta Vierge, 482.
- Les claqueurs, acuarela de J. Beraud, 486.
- El príncipe de Sagan, retrato al pastel, hecho por Gervex, 487.
- M. Stanley y sus compañeros de viaje al regreso de la expedición por el interior del Africa, copia de una fotografía sacada en la agencia consular de Zanzibar, 488.
- Envidia, cuadro de H. Ealyford, 489.
- Jefferson Davis, expresidente de los Estados confederados durante la guerra de Secesión norteamericana, 5 diciembre de 1889, 491.
- Representantes del Congreso Internacional Americano, celebrado en la capital de los Estados Unidos del Norte, 491.
- Comparsa carnavalesca, cuadro de José Weisser, 492.
- Vistas de Biskra, Oasis del desierto de Sáhara, copiadas de fotografías instantáneas, 493.
- La Inmaculada Concepción, estatua de mármol de D. Félix Ferrer y Galcerán, 494.
- Roger de Lauria, estatua en bronce de D. Félix Ferrer y Galcerán, 495.
- El niño mimado, cuadro de Francismo Simm, 497.
- En auxilio de los naufragos, cuadro de Rodolfo Jordán, 499.
- En el hospicio de ancianas, cuadro de L. Van Acken, 500.
- Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros, cuadro de A. Gisbert, 501.
- La oración, escultura de P. Carbonell, 503.
- El rey y la reina de Choa (Africa oriental), 504.
- En el «Joyer» del baile, cuadro de Federico Fehr, 504.
- Luis Felipe Roberto, duque de Orleans, copia de una fotografía reciente, 505.
- La nueva moneda brasileña, 506.
- S. A. R. El duque de Montpensier, en Sanlúcar de Barrameda el 4 de febrero de 1890, 507.
- Los nuevos sellos de la república del Brasil, 507.
- La amazona, cuadro de E. Joors, 508.
- El emperador Carlos V huyendo de Mauricio de Sajonia, cuadro de G. A. Closs, 509.
- El capitán francés Trivier, reciente explorador del Africa ecuatorial, 510.
- A tí suspiramos, cuadro de M. King, 513.
- Coquetería, cuadro de Dvorak, 515.
- «Una Fornarina», dibujo de A. Fabrés, grabado por R. Bong, 516.
- Aechando el trigo, cuadro de Odón von Raditz, 517.
- El viático, cuadro de Luis Passini, 517.
- Hora de estudio, dibujo de Carlos Froschl, grabado por Bong, 519.
- Eduardo II antes de firmar la primera sentencia de muerte, copia del celebrado cuadro de Juan Pettie, 520.
- Meditabunda, dibujo de Federico Fehr, 521.
- Costas de Galicia, dibujo de Baldomero Galofre, 523.
- Mujeres de Argel en las azoteas, cuadro de M. Muenier, grabado por Baude, 524.
- Mater amabilis, cuadro de José Sciuti, grabado por Cantagalli, 525.
- Eleonora Duse, eminente artista dramática italiana, 528.
- El intruso, cuadro de A. Sarter, 528.
- La Virgen y el niño, cuadro de Giorgione, 529.
- El niño y la cigüeña, dibujo de C. Froschl, 531.
- Psyché y la mariposa, cuadro de Guillermo Kray, 532.
- Entrada del príncipe de Viana en Barcelona (1461), cuadro de Ramón Tusquets, 533.
- En el baño, cuadro de H. Siemiradzky, grabado por Bong, 535.
- Bailarina egipcia, cuadro de L. C. Muller, 536.
- Jesucristo en el monte Olivete, cuadro de E. K. Liska, grabado por Bong, 537.
- Las santas mujeres en el camino del calvario, cuadro de Alois Delug, 540.
- Madona, cuadro de Rafael Sanzio, 541.
- ¡Pietà!, cuadro de Hans Tichy, 541.
- La Virgen y los santos, cuadro de Andrea del Sarto, 543.
- Sor Filomena Ferrer, busto modelado por su hermano D. Félix Ferrer y Galcerán, 544.
- Riña de comadres, cuadro de Vojtek Bartonek, 545.
- Un artista precoz, cuadro de Juan Looseker, 547.
- En el desierto, cuadro de R. C. Woodville, 548.
- Monumento en honor de Pablo Baudry, 549.
- El recovero, copia de un cuadro de J. de Guzmán, 551.
- Puente sobre el Forth en Escocia, 552.
- Enrique Stanley, célebre explorador del Africa central, de un retrato de F. Moscheles, 553.
- Itinerario seguido por Stanley desde el Congo hasta la costa de Zanzibar, 555.
- El «Campamento del hambre» en la confluencia del Ituri y el Iruri, en octubre de 1887, 556.
- Refriega en el país de Majamboni el 11 de diciembre de 1887. Quema de pueblos, 557.
- Tipos de la gente de Emin Bajá en Wdelai, 558.
- Fuerte Bodo, Ibwiri, construido para depósito de reserva de la expedición de 1888, 559.
- Encuentro de Emin Bajá y M. Stanley, en 29 de abril de 1888, en Kavalli, junto al lago Alberto Nyanza, de un croquis hecho por un oficial de la expedición, 560 y 561.
- M. Jephson leyendo la carta del Khedive ante el consejo de los oficiales rebeldes en Duflé, 563.
- La prisión de Emin Bajá y M. Jephson en Duflé desde agosto a noviembre de 1888, 563.
- Ruwenzori «Montañas de la luna». - Pico del noroeste, adonde llegó el teniente Stairs, y que parece ser el cráter apagado de un volcán, 565.
- Emin Bajá en Campaña, copia de una fotografía hecha en Khartum, 566.
- Los portadores de M. Stanley a retaguardia de la expedición cuando se acerca a Bagamoyo, 567.
- Ultima revista de la expedición en Bagamoyo, diciembre de 1888, 567.
- La caravana de M. Stanley con Emin Bajá, desde Msalala a la costa, octubre de 1889, 568.
- Una partida de campo, cuadro de Miralles, grabado por Sadurní, 569.
- Antes del baile, cuadro de Ziekendrath, grabado por Bong, 571.
- La lección del abuelo, cuadro de Souza Pinto, grabado por Baude, 572.
- El espejo del alma, cuadro de G. Schachinger, 573.
- Alegoría del mes de marzo, por Enrique Lefler, 574.
- La primera impresión, cuadro de Carlos Arnold, 575.
- El general Caprivi, 576.
- Primavera, cuadro de O. Bernard, grabado por Bong, 577.
- La estación del ferrocarril en Bombay, de una fotografía, 579.

INDICE

- Retrato de Mme F., por Francisco Flameng, grabado por Baude, 580.  
 Triste jornada, cuadro de H. Laurent-Dessonsseaux, 581.  
 Miércoles de ceniza, cuadro de L. Da Rios, 583.  
 El General Andrés. A. Cáceres, presidente de la República del Perú, 584.  
 Vestal, cuadro de Gabriel Max, grabado por Bong, 585.  
 En acecho, cuadro de Juan Muzzioli, 587.  
 Idilio, cuadro de H. Joehmus, 588.  
 ¡Mi marido!... cuadro de M. Vail, grabado por Baude, 589.  
 De común acuerdo; cuadro de Leopoldo Schmutzler, 591.  
 Facsimile de una fotografía de la luna, obtenida en el Observatorio del monte Hamilton (California), 592.  
 La muerte de Sertorio, fragmento de un cuadro de D. Vicente Cutanda, 593.  
 Los rapazuelos, cuadro de D. José M. Marqués, 595.  
 La pradera, cuadro de Julián Drupé, grabado por Baude, 596.  
 El secreto sorprendido, cuadro de E. Meisel, grabado por Bong, 597.  
 Exposición de objetos procedentes de África, 599.  
 Una lección de Anatomía, cuadro de Rembrandt, 601.  
 Alemania. - Estudiantes de los suburbios esperando el tren que ha de conducirlos a la capital, dibujo del natural, de C. Koch, 603.  
 Peonías, cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude, 604.  
 Busto de M. Bonnat, por Pablo Dubois, grabado en madera, expuesto por M. Baude, 605.  
 Vistas de la ciudad de las Palmas (Gran Canaria), cinco grabados, 606, 607 y 608.  
 Monumento erigido a la memoria de Cuauhtemoc. - México, de una fotografía, 609.  
 La primavera, cuadro de Oton Strutzel, 611.  
 El sueño de la Virgen María, cuadro de A. Bramtot, grabado por Baude, 612.  
 Vista panorámica de la Gran Canaria, de una fotografía, 613.  
 En el balcón, cuadro de Lancerotho, grabado por Baude, 617.  
 La consagración del fuego, cuadro de Guillermo Kiefstahl, 619.  
 Regreso del hijo pródigo, cuadro de C. Feudel, grabado por Bong, 620.  
 La primera comunión, cuadro de Escipión Vanutelli, 621.  
 En la feria del «Pain d'Epice», París, dibujo de Vogel, 624.  
 Casto Plasencia, laureado pintor, † en Madrid el 18 de mayo de 1890, según fotografía de E. Debas, 625.  
 El pintor Watteau y su amada, cuadro de Fernando Heilbut, 627.  
 Lectura de la Biblia, cuadro de Davidson Knovles, 628.  
 Una visita al antiguo hogar, cuadro de Davidson Knovles, 629.  
 Petimetre, cuadro de R. Reinicke, 630.  
 Petimetre, cuadro de R. Reinicke, 631.  
 Corona de hierro dedicada por Barcelona y la colonia italiana barcelonesa a la memoria de Don Amadeo de Saboya, ex rey de España, 632.  
 Tarde apacible, cuadro de M. Muenier, grabado por Baude, 633.  
 Hojas caídas, cuadro de L. Doyen, 635.  
 Trío campestre, cuadro de M. Debat-Ponsan, grabado por Baude, 636.  
 La lucha, cuadro de M. Friant, grabado por Baude, 637.  
 Susana y los viejos, cuadro de A. Brouillet, 640.  
 Coquetería, dibujo de Rejchan, 641.  
 Nuevo museo municipal de artes e industrias en Saint Etienne (de fotografía), cuatro grabados, 643.  
 Un concierto en Marruecos, cuadro de G. Simoni, grabado por Mancastrupa, 644.  
 Destronada, cuadro de J. A. Clark, 645.  
 El triunfo de Diágoras, cuadro de J. Rosier, 647.

INDICE

DE LAS LAMINAS QUE FORMAN EL ALBUM ARTISTICO

- Un consejo de guerra después del desembarco del príncipe de Orange, cuadro de H. Gillardt Gliudoni.  
 El emperador Guillermo I, victorioso fundador del Imperio alemán, cuadro de Fernando Keller.  
 Madona, cuadro del profesor T. Grosse.  
 Música y vino, cuadro de Francisco Vinea.  
 Santa Cecilia, cuadro de Federico Augusto Kaulbach.  
 Visión del emperador Maximiliano, cuadro de E. H. Liska.  
 La Sagrada Familia, cuadro de Murillo.  
 Jesucristo y los pescadores, cuadro de Ernesto Ziuermann.  
 Primer baile de trajes organizado por el Círculo Artístico de Barcelona.  
 Shakespeare recitando algunas escenas de sus obras  
 ante la reina Isabel de Inglaterra, cuadro de Enrique Haus Schlimarski.  
 Llegada de la abuelita, cuadro de J. F. Eugel.  
 Santa Teresa de Jesús, dibujo a la pluma de A. Fabrés.  
 El salvamento, cuadro de Davean.  
 Cadena de prisioneros de una tribu rebelde en Marruecos, dibujo de G. Nicolet.  
 La torre Eiffel y los monumentos más elevados del mundo.  
 Cúpula de la nave central del Palacio de Industrias diversas (Exposición de París de 1886).  
 Cremación del cadáver de un jefe de tribu de la Rusia oriental en el siglo décimo, cuadro de H. Siemiradykis.  
 Una riña de gallos en Flandes, cuadro de M. Remy Cogghe.  
 El incendio de Roma en tiempo de Nerón, diorama de Eduardo Berninger y Herman Schneider.  
 Resurrección de la hija de Jairo, cuadro de Alberto Keller.  
 En la agencia de emigración, cuadro de Fernando Brutt.  
 Sueño de amor, cuadro de W. J. Martens.  
 El nuevo teatro de Buenos Aires.  
 Un grito de venganza, cuadro de Gabriel Nicolet.  
 Después de la pantomima: «Exeunt omnes», cuadro de Luciano Davis.  
 En el harem, cumplimiento de una sentencia, cuadro de Bouchard.  
 Caridad, cuadro de Luis Knaus.  
 Escuela de esclavas bailarinas, cuadro de Swedomsky.  
 El cántaro roto, cuadro de Bonnat, grabado por Baude.  
 El día de los difuntos, cuadro de Benjamín Constant.  
 La visita en la sala de un hospital, cuadro de Luis Jiménez.  
 La fiesta de la aldea, cuadro de R. Auneguiso, grabado por Mancastrupa.  
 Vista panorámica de Jerusalén, dibujo de J. V. Eckenhechez.  
 Retrato de Rembrandt pintado por él mismo.  
 Las lavanderas, cuadro de Lhermitte, grabado por Baude.  
 La fiesta de las flores, cuadro de L. Alvarez.  
 Naufragos y salvadores, cuadro de A. Morlán.  
 Un día de barnizado en el Salón de los Campos Elíseos, cuadro de M. Rixens, grabado por Baude.